

ÁNGELES VICENTE (ed.), *Musulmanes en el Aragón del siglo XXI* (Zaragoza: Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo 2004) 205 pp. ISBN: 84-95736-68-3

“Debido a los hechos ocurridos en los últimos meses, a los que no hace falta hacer referencia pues están en la mente de todos, el colectivo de musulmanes de nuestro país ha adquirido una notoriedad probablemente no deseada por ellos” (p. 9). Así comienza la introducción de este libro, en la que su editora, Ángeles Vicente, comenta la necesidad de un estudio de la realidad islámica española, sobre todo después de los atentados del 11-3-2004 (la obra se ha publicado a finales de ese mismo año). En concreto, los trabajos aquí reunidos se centran en la situación actual de la inmigración musulmana en Aragón, y están publicados por el Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo, un centro mixto de investigación entre las Cortes de Aragón, el CSIC y la Universidad de Zaragoza (a esta última institución académica pertenecen todos los autores excepto los dos primeros).

La primera aproximación, de carácter sociológico general, está a cargo de Manuel Pinos Quílez, de la Diputación General de Aragón, que habla de los musulmanes zaragozanos como “nuestros vecinos desconocidos” y ofrece sus cifras, procedencia, distribución y evolución. Según el autor, los inmigrantes que profesan el Islam lo viven como “un vehículo de socialización y de integración en su propio grupo, pero una vez que han superado la primera etapa de llegada” (p. 40), y acaba su artículo apostando por una aceptación que vea en los otros a personas, en una sana convivencia.

Iván Jiménez-Aybar, de la Universidad de Navarra, describe el proceso de constitución de la comunidad musulmana en Aragón, así como su composición sociológica actual, para centrarse después en las cuestiones jurídicas: las federaciones islámicas en España y en Aragón, la importancia de las mezquitas y la aplicación concreta en esta comunidad autónoma del Acuerdo de cooperación de 1992. La tercera colaboración, de Ángeles Vicente, está dedicada al árabe

dialectal en la ciudad de Zaragoza, observando de manera técnica la evolución de las prácticas lingüísticas de los inmigrantes musulmanes –especialmente marroquíes– y sus implicaciones sociales en el lugar de acogida (como la repercusión escolar).

Con este último elemento enlaza el tema tratado en el siguiente artículo por María Elósegui Itxaso, que propone un modelo intercultural de convivencia en el ámbito escolar. Parte de la situación sociológica y jurídica del Islam en España, abogando no por una neutralidad estatal en materia religiosa, sino por una “laicidad positiva” (p. 111). Esto lo aplica al tratar la cuestión de la enseñanza religiosa islámica en la escuela pública, criticando los intentos laicistas de la CEAPA y del Estado francés (por la prohibición de los signos religiosos distintivos en público). Pasa luego a la situación concreta de la escuela zaragozana y el Islam: escolarización, convivencia armónica, ausencia de absentismo y de polémica alguna sobre el uso del velo. Termina proponiendo la experiencia del Consejo superior de musulmanes en Bélgica como posible ejemplo para nuestro país y sus respectivas autonomías.

M.<sup>a</sup> del Pilar Diago Diago estudia las repercusiones que ha tenido la nueva Mudawwana o código de derecho de familia de Marruecos (2004) en la inmigración procedente de este país que está asentada en España. Una reforma importante que no es suficientemente conocida en la diáspora marroquí, sobre todo en lo relativo a la regulación novedosa del matrimonio. La sexta colaboración, de Paula Durán Monfort, es un acercamiento antropológico a la alimentación como elemento fundamental de identidad de los musulmanes en el marco mediterráneo multicultural: “el inmigrante se da a conocer al otro a través de alimentación, es decir, a través de los platos que ha seleccionado como representativos y que son reconocidos por la sociedad mayoritaria” (p. 188). Carmen Gallego Ranedo dedica el último capítulo a la construcción social de la imagen del inmigrante musulmán (“el moro”) en nuestro país, también desde el punto de vista antropológico. Así analiza los estereotipos y prejuicios que llevan a la discriminación, e incluso a considerar al que viene como una “amenaza de la conciencia étnica del nosotros español” (p. 201).

Es un libro sugerente, por la cercanía a la realidad de lo que trata, sin quedarse en consideraciones meramente teóricas. Aporta concreción a todo lo que se está publicando –y que es mucho– sobre el tema últimamente. Sin quedarse en lo meramente sociológico y jurídico, aborda otros aspectos de importancia capital como son la familia, la lengua, la imagen social y hasta la alimentación. Además, con una actitud positiva y equilibrada hacia el fenómeno migratorio y multicultural en nuestro país, sin caer en excesos de ningún tipo. Eso sí, se echa de menos un planteamiento monográfico de la cuestión religiosa, algo fundamental en la cultura estudiada, como elemento

identitario, aglutinador y dotador de sentido, y que también tiene sus peculiaridades en la situación de inmigración.

Luis Santamaría del Río

CARMEN APARICIO VALLS, *Diálogo entre religiones. Identidad y apertura* (Madrid: PPC 2005) 156 pp. ISBN: 84-288-1980-7

Carmen Aparicio Valls, de la Institución Teresiana, es licenciada en Ciencias Matemáticas y doctora en Teología, y además de haber trabajado en el Consejo Pontificio para los Laicos, desde 1994 es profesora de Teología en la Pontificia Universidad Gregoriana, en su Departamento de Teología Fundamental. Con esta obra, PPC se suma a las publicaciones que van surgiendo sobre el importante campo del diálogo interreligioso, y lo hace de la mano de una autora española, con lo que queda demostrado que no es necesario recurrir permanentemente a la traducción de teólogos extranjeros, sino que también se puede confiar en la producción propia.

Aparicio comienza reconociendo que “no se trata de algo nuevo, todo lo contrario, pero, aunque no sea nuevo, hoy está de moda, o al menos se mueve en unas coordenadas distintas” (p. 7). Y, siendo una moda, es algo más profundo, que implica una teología de las religiones y una mayor autocomprensión teológica y eclesial, por ser un signo de los tiempos. En la presentación, la autora contextualiza el tema en la situación actual de globalización y pluralismo. Deja claro – cosa que es de agradecer – cuál es su punto de partida, al afirmar que se sitúa ante el tema “como cristiana, miembro de la Iglesia católica. Por tanto, los presupuestos desde los que me muevo son estos, a los que no quiero renunciar (p. 11, y subrayo el “no quiero”, más significativo que el típico “no puedo”).

En un primer capítulo aclara los términos pluralismo, religión y diálogo, y desarrolla la importante cuestión de la finalidad del diálogo interreligioso, donde habla de las diversas metas, criterios a tener en cuenta y el lugar central de la teología en todo ello, destacando la necesidad, para que haya un auténtico diálogo, de mantener la propia identidad. El segundo capítulo presenta de forma resumida el status quaestionis de la teología de las religiones, que aún no tiene un estatuto epistemológico bien definido, y que clasifica a la manera tradicional: por un lado, el modelo exclusivista, que Aparicio expone en su devenir histórico y situándolo justamente en sus circunstancias históricas y teológicas (concepto de revelación como clave); por otro lado, el modelo inclusivista, adoptado por el Vaticano II pero ya propuesto en tesis teológicas anteriores; y por último el modelo pluralista, al que dedicará después un capítulo, pero al que ya hace alguna crítica de fondo.

En el tercer capítulo la autora hace un buen resumen del tratamiento del problema en los documentos del Concilio Vaticano II, partiendo de la revelación según la *Dei Verbum* y concretándose en otros importantes textos conciliares. Acto seguido, repasa el magisterio eclesial más reciente, desde la *Ecclesiam Suam* de Pablo VI hasta los escritos de Juan Pablo II sobre la relación entre el diálogo y la misión, y la tarea del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso (que recientemente, por decisión de Benedicto XVI, se ha unido al Pontificio Consejo para la Cultura). El documento de la Comisión Teológica Internacional *El cristianismo y las religiones* (1996) es la base sobre la que Carmen Aparicio expone en el capítulo cuarto los presupuestos teológicos fundamentales de la teología de las religiones: el cristológico (el lugar de Cristo en la cuestión soteriológica, su unicidad y universalidad), el pneumatológico (la acción salvífica del Espíritu Santo, inseparable del Verbo pero presente también fuera de la Iglesia) y el eclesiológico (la Iglesia como sacramento universal de salvación, no por la pertenencia necesaria, sino por su servicio al Reino). La autora concluye esta parte diciendo que hay que “seguir profundizando en ellos, también a la luz de lo que nos aportan las otras religiones, pero sin renunciar a lo que hemos recibido como un don para toda la humanidad” (p. 80).

El quinto capítulo es una reflexión sobre las dos cuestiones nucleares de la teología de las religiones: la revelación y la salvación. Partiendo de la convicción de que fuera de la Iglesia es posible salvarse realmente, “el problema que se plantea desde la teología es cómo reconocer el valor salvífico de las religiones y su relación con el misterio pascual” (p. 81). La autora admite denominar a las religiones “camino de salvación”, significando con ello “que las religiones pueden ser utilizadas por Dios como canales de su salvación, son mediaciones para la única salvación que procede de Dios” (p. 81, y se refiere a J. Dupuis en este punto). Ante el desafío para la Iglesia de la presencia del Espíritu en las religiones, Aparicio plantea la necesidad de criterios para el discernimiento, pero sólo detalla el ético-moral: el amor. Ante la delicada y problemática disyuntiva de la revelación única o plural, la autora se decanta por “una única historia de salvación en la que Dios se manifiesta de formas distintas y en la que la participación en el misterio salvador de Cristo se produce por caminos distintos, sin que esto quiera decir vías paralelas”, por lo que las religiones son “camino que ofrecen la salvación”, reconociendo que en ellas “de una manera misteriosa Cristo está presente y el Espíritu Santo actúa, guía, conduce, hacia la participación en la salvación de Dios” (p. 91). Por lo tanto, no se llega a la salvación a pesar de las tradiciones religiosas propias, sino en ellas y a través de ellas, como también afirma C. Geffré.

En el capítulo siguiente viene desarrollado el paradigma pluralista de la teología de las religiones, cuya cuestión principal es la

crisológica. En primer lugar aborda a J. Hick, figura principal de este planteamiento, y su "revolución copernicana" de base kantiana, que reduce considerablemente el dogma cristiano. En segundo lugar, a P. Knitter y su enfoque soteriocéntrico-reinocéntrico. Después, se acerca la autora a la obra de J. Dupuis, quien "siendo un autor que podemos considerar representante de la teología pluralista de las religiones, podemos encuadrar dentro del grupo de teólogos que reconocen a Cristo como normativo para la salvación" (p. 99), y que Aparicio considera una combinación del cristocentrismo inclusivo con el teocentrismo auténtico. Lo que muestra "que no es necesario sacrificar los presupuestos cristianos para entablar un diálogo abierto y con frutos positivos" (p.102). Para terminar el capítulo la autora hace una detallada valoración del modelo pluralista, sobre todo el que prescinde de la normatividad de Cristo, y que causa perplejidad por no respetar los presupuestos antes dichos, y porque no permite un verdadero diálogo al desvirtuar la propia fe. Para Carmen Aparicio, no se trata de renunciar a lo conflictivo para alcanzar acuerdos, sino que la finalidad del diálogo no es otra que "lograr un conocimiento mutuo mayor que pueda facilitar, bien una colaboración para favorecer los valores humanos, bien un conocimiento más profundo de los demás y de la propia fe. Y para eso cada uno tiene que presentar su fe íntegramente" (pp. 102-103). Aborda, en concreto, los puntos de la absolutez del cristianismo, el dogma de la Encarnación y la consiguiente unicidad de Cristo mediador, y la cuestión de los otros mediadores y mediaciones.

Otro apartado importante de la teología de las religiones, y que aborda la autora en el capítulo séptimo, es la relación entre el diálogo y la misión evangelizadora de la Iglesia. Comienza con el Concilio Vaticano II y continúa con otros documentos que tratan el problema, sobre todo *Diálogo y anuncio* (1991), donde se pone de manifiesto que "el diálogo y el anuncio son dos cosas distintas, pero las dos son aspectos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y el espíritu de diálogo tiene que estar presente en el anuncio" (p. 117). Acentúa la importancia del testimonio de vida en la evangelización y en el diálogo interreligioso, un testimonio mutuo que "se presentará como una fuerza profética, una fuerza de transformación" (p. 121). El último capítulo se titula "Nuevas perspectivas", y en él quedan planteadas (otras) tres cuestiones sin resolver: la globalización del mundo actual, que resitúa el diálogo; el Reino de Dios, en su tensión escatológica y proyección universal, al que sirve la Iglesia y al que pueden contribuir las otras religiones; y la oración interreligiosa, donde la autora señala que toda verdadera oración es suscitada por el Espíritu, pero también afirma que "es fácil caer en sincretismos y relativismos aun con la mejor voluntad", y que "sobre este punto no podemos ser ingenuos y aceptar todo en bien de la unidad" (p. 142).

En la conclusión, Aparicio considera que a pesar de los riesgos que se corren, es necesario avanzar en el camino de diálogo ya iniciado: “la experiencia hace ver que, cuando el diálogo se hace desde un conocimiento serio de la propia fe, no sólo ayuda a superar los peligros, sino a vivir con más profundidad y coherencia las propias creencias, superando el indiferentismo y el relativismo” (p. 143). Señala las implicaciones para la teología, la vida eclesial, la reflexión teórica y la misma experiencia de Dios, la contemplación.

Considero que es un libro donde se resume magníficamente no el diálogo interreligioso sin más, sino una visión panorámica completa que incluye la teología de las religiones, fundamental para el ejercicio serio del diálogo. Es una obra muy apropiada para los que se inician en esta materia, ya que los puede situar con relativa facilidad en el ámbito a estudiar, y para los más versados constituirá, a buen seguro, una síntesis bien lograda. En cuanto a la orientación de la autora, creo no equivocarme si afirmo que cumple con lo escrito en el subtítulo: “identidad y apertura”. En el sentido de que, sin renunciar a ningún elemento de la dogmática cristiana (católica), construye un sistema abierto que permite una praxis dialógica totalmente válida. Equilibrio que es muy difícil guardar, como puede verse en tantos autores que sobrepasan ciertos límites en uno y otro sentido. Detalles que se pueden echar en falta son las referencias a algunos autores y obras anteriores de cierta importancia para apoyar lo desarrollado, como por ejemplo la obra editada por M. Serretti (*Unicità e universalità di Gesù Cristo*) para la cuestión cristológica, o los críticos principales a la obra de J. Hick, como G. D’Costa (*John Hick’s Theology of Religions*). Y no habría estado de más mostrar de forma resumida la importante evolución interna del pensamiento de J. Dupuis. Como errata a destacar, en la p. 9 se refiere al teólogo jesuita y cardenal Avery Dulles como Albert.

Luis Santamaría del Río

JULIO DE SANTA ANA (ed.), *Religions Today. Their Challenge to the Ecumenical Movement* (Geneva: World Council of Churches 2005) XV + 303 pp. ISBN: 2-8254-1459-X

Desde 1998 hasta 2003 tuvieron lugar los encuentros del grupo de estudio del Instituto Ecuménico de Bossey (Suiza) sobre “La vida religiosa en el mundo actual y sus desafíos para el movimiento ecuménico” (refiriéndose la expresión *religious life* al fenómeno religioso tal como es vivido hoy, y no a la vocación eclesial). Los frutos de este trabajo intelectual aparecen reunidos en este volumen, que cuenta con la participación de quince colaboradores de diversas confesiones cristianas. Parte de la constatación de que, a pesar de

las predicciones de la teoría de la secularización, la religión sigue influyendo en gran medida en nuestro planeta globalizado (de hecho, según el editor, que se basa en los datos ofrecidos en el mismo libro, las religiones en general han crecido, si exceptuamos a Europa occidental). Se trata no tanto de un libro teológico que aborde la cuestión del pluralismo religioso con ese tóptico, cuanto de una mirada más “sociológica” a esta realidad desde el punto de vista del ecumenismo – movimiento que, como constata Julio de Santa Ana, está actualmente en crisis.

Dos colaboraciones constituyen los preliminares de la obra. La primera, a cargo de Grace Davie y Heinrich Schäfer, pone las bases teóricas para el estudio del hecho religioso actual; la segunda, de Todor Sabev, ofrece abundantes tablas numéricas que quieren constituir un “censo religioso” de todo el mundo.

Puestos estos cimientos, la segunda parte del libro versa sobre la modernización y las religiones. Julio de Santa Ana explica las características del fenómeno religioso en nuestro mundo globalizado. En el artículo siguiente, firmado por Cees Hamelink, se profundiza más en este tema, y muestra en concreto la situación de los medios de comunicación y sus desafíos al ecumenismo - sin referirse a las religiones. El aspecto de los movimientos migratorios y su influencia en la configuración religiosa actual es el contenido de la colaboración de Feliciano V. Carino. Heinrich Schäfer hace lo mismo con los conflictos bélicos contemporáneos, y Carino presenta en otro artículo la difícil y diversa relación entre la religión y la política. Después Todor Sabev expone los avances sobre libertad religiosa tal como han sido desarrollados por la ONU, las Iglesias y comunidades eclesiales, las religiones y las instituciones seculares y, sobre todo, el movimiento ecuménico. Para terminar la sección, tres artículos están dedicados al estudio feminista de la religión (con la ya tradicional crítica a la Iglesia católica), a la teología feminista y a una perspectiva sobre la mujer en Ghana, y están firmados por Maria José Rosado, Jane I. Smith y Mercy A. Oduoye respectivamente.

La tercera parte del libro reúne las cuestiones más específicamente religiosas, y así, comienza con un artículo de José Óscar Beozzo sobre el catolicismo contemporáneo y su confrontación con la modernidad, fijándose especialmente en el Concilio Vaticano II y en su aplicación práctica en Latinoamérica (Medellín), desde cuya situación escribe y valora el tema el autor. El acercamiento al Islam y su difícil relación con el mundo presente está a cargo de Radwan Al-Sayyid, que incide especialmente en la tensión religión-Estado en los países musulmanes. Grace Davie reaparece con una breve colaboración sobre la secularización en Europa, y S. Wesley Ariarajah aborda los desafíos que para la teología cristiana de las religiones y para el movimiento ecuménico plantea la “nueva conciencia religiosa” que proviene de las religiones no monoteístas, tanto orien-

tales como de otras latitudes. André Droogers es el autor de los tres artículos siguientes, que versan sobre tres fenómenos sobresalientes de la realidad religiosa actual: la individualización de la experiencia religiosa, el sincretismo y el auge del pentecostalismo. El otro fenómeno más notable, y que no podía faltar en este tratado, es la presencia emergente de los fundamentalismos, y que trata en un último artículo Heinrich Schäfer, quien los descubre en el seno de las diversas tradiciones religiosas.

En el capítulo conclusivo (“Looking ahead”) el editor parte de los orígenes históricos del movimiento ecuménico y de su situación en la actualidad para señalar los retos a los que hace frente la causa de la unidad de los cristianos, y que detallo a continuación, porque responden con mayor concreción al planteamiento de la obra. El primero es superar el carácter occidental del cristianismo, porque es una fe católica, en el sentido de la universalidad. El segundo reto atiende a la cuestión de la mujer, y así “un ecumenismo más inclusivo requiere que las organizaciones ecuménicas y las Iglesias presten una mayor atención a los asuntos de género” (p. 295). El tercero es “capacitar a las Iglesias para descubrir juntas las expresiones y la práctica de la fe relevantes para nuestro tiempo” (p. 296). El cuarto, atender con mayor interés a la nueva religiosidad del hombre, que se expresa en los fundamentalismos, el pentecostalismo y los nuevos movimientos religiosos. Un quinto desafío es subir un escalón en el diálogo y “extenderse al nivel de las relaciones interreligiosas” (p. 297). En sexto lugar, observar el papel de la religión en los conflictos políticos a nivel global e invertirlo para aportar algo positivo. El séptimo desafío es aportar lo propio para la construcción de la “sociedad red” y asumir esa estructura en el funcionamiento eclesial, que ha de ser menos jerárquico. El octavo se refiere a la cuestión social como punto de partida, “no simplemente una aplicación de verdades dogmáticas” (p. 301), en un tiempo caracterizado por el pensamiento único.

Habría sido positiva alguna referencia concreta y sistemática al complejo mundo del protestantismo, más allá de sus vertientes fundamentalistas, y al cristianismo oriental, al igual que se ha tratado a la Iglesia católica en una colaboración. Otros temas que me permito sugerir son la realidad actual de las sectas y la nueva religiosidad holística, y un panorama general de las diversas teologías de las religiones, tanto católicas como protestantes. Si bien es cierto que se trata de un libro muy valioso por su acercamiento plural y multidisciplinar a la realidad social de las religiones en el mundo, con una participación interconfesional e internacional que es de agradecer. Pero no se llega a poner en una conexión muy profunda el ecumenismo con el tema tratado, más que en la conclusión y en algún otro lugar determinado.

Luis Santamaría del Río



CHRISTOPHER PARTRIDGE (ed.), *UFO Religions* (London: Routledge 2003) XVI + 383 pp. ISBN: 0-415-26324-7

Partiendo de la fascinación que tiene todo lo relacionado con los extraterrestres en la cultura popular actual, este libro tiene el propósito de abordar este tema desde su vertiente “religiosa”, es decir, cuando pasa de la creencia – tan extendida hoy – de la existencia de seres inteligentes en otros planetas (y de su contacto con los humanos) a la creencia en estos elementos como configuradores de una “espiritualidad” personal o de una doctrina y praxis sostenida por una secta.

En la primera colaboración (“Understanding UFO religions and abduction spiritualities”) Christopher Partridge ofrece una introducción general al tema, abordando aspectos como la presencia contemporánea de lo extraterrestre en nuestra cultura, la historia de la ufología reciente, sus raíces en el esoterismo decimonónico y en la Teosofía (los Maestros Ascendidos), su reinterpretación de todo lo religioso en clave fiscalista, y hasta la dimensión espiritual de las experiencias de los que dicen haber sido contactados o abducidos por los alienígenas. Todo esto se trata de “un fenómeno posterior a 1947”, aunque con anterioridad “la religión OVNI per se emergió dentro de la tradición del esoterismo teosófico” (p. 36), siendo acentuada con el fenómeno de la Nueva Era.

El primer gran bloque del libro versa sobre las concreciones de estas corrientes en grupos sectarios. George D. Chrystides (“Scientific creationism: a study of the Raëlian Church”) se acerca al Movimiento Raeliano, sus doctrinas y prácticas, desde una panorámica crítica, sobre todo en lo concerniente a sus ideas científicas que recuerdan a elementos del nazismo. En el siguiente artículo (“When the arcángel died: from revelation to routinisation of charisma in Unarius”), Diana Tumminia analiza el grupo Unarius desde la perspectiva del carisma según los escritos de Weber, fijándose en el desarrollo histórico más que en su doctrina. En ambos aspectos se fija Simon G. Smith al tratar en su colaboración (“Opening a channel to the stars: the origins and development of the Aetherius Society”) la secta contactista Sociedad Aetherius. El experto James R. Lewis se acerca al movimiento La Puerta del Cielo, famoso por protagonizar en 1997 un episodio de suicidio colectivo en California, y analiza en concreto el tema del suicidio en este grupo a la luz de su propia identidad, de la cosmovisión de estas sectas y de la forma de ver la muerte que tiene la Nueva Era.

Sarah Lewis expone de manera sintética en su artículo (“The Urantia Book”) la nueva revelación conocida como El Libro de Uran-tia, dictada por supuestos seres extraterrestres, y que reinterpreta aspectos del cristianismo y de la cosmología de forma peculiar, con

el propósito de superar la revelación cristiana con “su” verdad plena. La siguiente colaboración (“The United Nuwaubian Nation of Moors”), de Theodore Gabriel, aborda el grupo Nación Nubia Unida de Moros, cuyo mayor interés radica en su surgimiento en los ambientes afroamericanos de los EE.UU. a partir de los años 60, y en un contexto de tradición no cristiana, sino islámica. Christopher Helland dedica su trabajo (“From extraterrestrials to ultraterrestrials: the evolution of the concept of Ashtar”) al grupo Comando Ashtar y sus cambios doctrinales. Los dos últimos artículos de este bloque (“UFO faith and ufological discourses in Germany”, de Andreas Grünschloss, y “The Finnish UFO tradition, 1947-94”, de Jaakko Närvä) se fijan en la concreción de la religiosidad de tinte alienígena en Alemania y Finlandia respectivamente, lo que amplía la perspectiva más norteamericana del resto de estudios, anteriores y posteriores.

La segunda parte de esta obra aborda cuestiones más generales, bajo el epígrafe de “comprender las narrativas”. En la primera colaboración (“UFO religions and cargo cults”), Garry W. Trompf compara las espiritualidades extraterrestres con los denominados cargo cults de la zona de Melanesia, con los que comparten su creencia en objetos venidos del cielo. Jodi Dean analiza el discurso de los supuestos abducidos en su artículo (“Alien doubts: reading abduction narratives post-apocalyptically”), considerándolos “post-apocalípticos” y enmarcándolos en la cultura actual, en búsqueda de sentido y sin aceptación de la verdad. La siguiente colaboración (“UFO beliefs as syncretistic components”) le sirve a Mikael Rothstein para elaborar un interesante catálogo de elementos de otras tradiciones religiosas y grupos sectarios que sirven de fuentes inspiradoras para la religiosidad ufológica: mormonismo, Fe Bahá’í, los indios Hopi, la Iglesia de la Cienciología, los Niños de Dios y el mismo cristianismo.

Daniel Wojcik se fina en el importante componente de milenarismo y apocalipticismo que tienen estos grupos, y en su artículo (“Apocalyptic and millenarian aspects of American UFOism”) muestra cómo a pesar del eclecticismo de estas espiritualidades “un tema recurrente es que los ovnis y las entidades extraterrestres invadirán el planeta Tierra en los últimos días, rescatarán a los seres humanos del cataclismo mundial o ayudarán a la humanidad a transformar el mundo e introducirlo en una nueva era de paz e iluminación” (p. 274). La siguiente colaboración (“Attitudes towards religion and science in the UFO movement in the United States”), de Brenda Denzler, aborda la perspectiva que los creyentes en lo alienígena tienen de asuntos de ciencia y religión, a partir de su conocimiento cercano de muchas de estas personas. Robert A. Segal se acerca en su estudio (“Jung on UFOs”) a cómo consideró C. G. Jung a los platillos volantes como imágenes arquetípicas del inconsciente, como elementos mitológicos, producto de la mente humana. Por último, el jesuita John

A. Saliba dedica su interesante colaboración (“The psychology of UFO phenomena”) a contemplar todo lo relacionado con los ovnis desde la psicología, para concluir afirmando que “los encuentros con ovnis pueden ser un producto de, o en parte influidos por, factores tanto psicológicos como sociológicos, que deben tomarse en consideración al tratar con aquellos contactados que han recurrido al counselling o a la intervención psicológica” (p. 340).

El libro se cierra con una amplia bibliografía de más de una veintena de páginas. Constituye así la obra un repaso bastante completo del fenómeno extraterrestre en la cultura actual, con un acento especial y preponderante en lo que constituye su cristalización en varias sectas significativas hoy en día. Es destacable la ampliación geográfica que hace al no limitarse a los EE.UU., como ya se ha señalado, y la perspectiva plural al abordar estos fenómenos: psicología, narrativa, sociología y comportamiento, aspectos doctrinales, etc.

Luis Santamaría del Río

JOSÉ MIGUEL CUEVAS BARRANQUERO – JESÚS M. CANTO ORTIZ,  
*Sectas. Cómo funcionan, cómo son sus líderes, efectos destructivos y cómo combatirlas* (Archidona: Aljibe 2006) 222 pp. ISBN: 84-9700-327-6

El enfoque de este libro, uno de los últimos en el mercado español sobre el fenómeno sectario, es eminentemente psicológico. Sus autores son José Miguel Cuevas, psicólogo clínico y social de la Fundación Marbella Solidaria y especializado en adicciones, y Jesús M. Canto, profesor de Psicología en la Universidad de Málaga. Pretende ser una guía del funcionamiento de los grupos sectarios, y se centra sobre todo en España. Por el título puede verse su orientación “anti-sectas” (anticult), así como por su uso del vocablo “sectas destructivas”. Sin muchos de los reduccionismos típicos en algunas reacciones ante este tema, sí se afirma ya en la introducción que “las sectas se nos presentan como un medio válido para satisfacer alguna necesidad psicológica” (p. 15). Además, leemos que “no se definen por el contenido de las mismas, sino por los procedimientos coercitivos que utilizan para que los miembros se hagan totalmente adeptos” (p. 16), lo que demuestra tanto su enfoque (no importan las doctrinas, sino sólo su actuación) como el paréntesis al que se somete la cuestión religiosa y doctrinal, o de búsqueda y oferta de trascendencia, más o menos explícita.

Comienza la obra con la definición del concepto y sus características, cosa que es de agradecer para clarificar el resto del tratado: “tomaremos el concepto de secta como aquella que ejerce conse-

cuencias sumamente destructivas y que en su seno practican masivamente distintas técnicas de persuasión coercitiva” (p. 19), lo que se distancia de los acercamientos religioso y sociológico, centrándose en la psicología. Seguidamente, explica con detalle la cuestión de la persuasión coercitiva como práctica sistemática en las sectas, y se acerca a otros conceptos como el lavado de cerebro, el control mental o la sectadependencia (según la tendencia relativamente reciente de considerar el fenómeno sectario como un tipo de adicción comportamental). Además, señala algunos otros fenómenos no sectarios en los que se da manipulación, y donde incluye “facciones derivadas, o incluso dentro del seno, de religiones oficiales” (p. 59), que curiosamente se reducen a movimientos católicos, de los que demuestran los autores poco conocimiento por la sucesión de errores de importancia en sólo dos párrafos.

El segundo capítulo se centra en la figura del líder sectario como integrador y configurador principal del grupo, ya que “las intenciones del grupo son el reflejo de los deseos del líder” (p. 66). Hace referencia a los trastornos de la personalidad que pueden tener, y de sus falsas biografías, y pasa después a detallar aspectos de la vida y obra de 19 líderes de sectas, desde los tristemente famosos Jim Jones y David Koresh, cuyos movimientos acabaron en masacres, hasta los fundadores de grupos orientales y de la Nueva Era, pasando por otras sectas de origen cristiano. Al informar sobre la realidad de estos grupos, ofrece muchos datos procedentes de la literatura ya existente sobre el tema, pero muchos aspectos importantes brillan por su ausencia. Mucha de la información podría haber sido escrita hace 10 años, puesto que no se nota mucha actualización – apenas algunos datos actuales sobre el Palmar de Troya, Verdad Suprema y algún otro grupo –, que habría sido necesaria, además de una revisión bibliográfica que hubiera tenido en cuenta algún material que ya es fundamental al tratar el tema (sobre todo estudios publicados en el extranjero). Por ejemplo, de la Iglesia de la Unificación (“secta Moon”) se afirma que no está legalizada en España, y se refiere a la sentencia que dio la Audiencia Nacional en 1993, cuando en la actualidad ya está inscrita en el Registro de Entidades Religiosas por una sentencia del Tribunal Constitucional de 2001. De hecho, la mayor parte de la bibliografía citada se queda en los años 80 y principios de los 90, y fundamentalmente en el espectro de la investigación periodística (Pepe Rodríguez) y la psicología.

El tercer capítulo está dedicado a la aplicación de técnicas de manipulación psicológica en las sectas, en concreto a la persuasión coercitiva: “el potencial destructivo y adictivo de una secta es directamente proporcional al uso que hace de técnicas de persuasión coercitiva” (p. 131). Los autores señalan que hay, por lo tanto, muy diversos grados de peligrosidad en las sectas, aspecto que hay que

valorar positivamente en su planteamiento, y desarrollan a continuación las diversas técnicas de manipulación, en cuatro grandes grupos: control ambiental, control emocional, control cognitivo, y las técnicas de inducción de estados disociativos. Es interesante la última parte de este capítulo, que consiste en una amplia entrevista (con 66 cuestiones) para evaluar y detectar la dinámica sectaria destructiva en los grupos, aplicándose a ex-adeptos, y teniendo en cuenta que “no todas las sectas utilizan todas las técnicas destructivas ni manipulan del mismo modo. La entrevista pretende recoger la mayor parte de las coerciones y abusos desarrollados y, por ello, aborda múltiples áreas, muchas de las cuales no tienen por qué verse afectadas en determinada secta destructiva” (p. 153). Dan algunas recomendaciones para procurar la objetividad y la validez de los testimonios de ex-miembros, aspecto que es muy complicado por la situación peculiar en la que suelen quedar los que han abandonado un grupo, especialmente cuando ha sido de forma no muy positiva.

El capítulo cuarto aplica lo tratado hasta aquí al grupo La Orientación, fundado por Teresa Zonjic en Torremolinos, y que conocen muy bien los autores (de hecho, en el resto del libro hay múltiples alusiones a esta secta). Hubo un proceso judicial y una condena contra su líder “por coacción, intrusismo profesional, amenazas y estafa, entre otros delitos” (p. 164). El desarrollo de esta parte consiste en largos extractos de entrevistas hechas a antiguos adeptos del grupo. El último capítulo, el más breve, ofrece una serie de recomendaciones para la prevención del sectarismo, la salida de estos grupos con un asesoramiento externo (y que no caiga en la práctica ya abandonada por falta de ética que era la “desprogramación”), consejos para las familias afectadas, etc. Por último, ofrece varios contactos de recursos de ayuda a los que tengan problemas relacionados con las sectas.

La obra, como se ha podido ver, contiene información valiosa, pero bastante limitada, en tanto que reduce el problema sectario a algo casi meramente comportamental, cuando tiene importantes implicaciones más “macrosociológicas” y, lo que no está de moda en la actualidad, religiosas. La búsqueda de sentido y de trascendencia es, con frecuencia, olvidada al acercarse a las causas de este fenómeno o, como mucho, tratada como algo marginal en el hombre contemporáneo. Lo que limita bastante este tipo de literatura, de la que este libro es el último ejemplo divulgativo en nuestro país. Es de alabar el esfuerzo por hacer inteligible al gran público el tema tratado, y cabe señalar también que el libro contiene diversas erratas gramaticales, y algunas destacadas, como utilizar “dios” con minúscula repetidas veces.

Luis Santamaría del Río

MASSIMO SERRETTI (ed.), *The Uniqueness and Universality of Jesus Christ. In Dialogue with the Religions* (Grand Rapids-Cambridge: Eerdmans 2004) X + 163 pp. ISBN: 0-8028-2212-6

Tal como la presenta su editor en el prefacio, la obra recoge varios estudios enmarcados en un proyecto de investigación sobre cristología, dirigido por el profesor Marcello Bordoni y auspiciado por la Universidad Pontificia Lateranense, con la mirada puesta en las presuposiciones teóricas de la teología pluralista de las religiones (=TPR). El propósito común de los colaboradores de este libro es analizar el acierto o no de las teorías del conocimiento que están a la base de la TPR, con especial énfasis en la cuestión central de la verdad. Su pretensión es ir al fondo, criticando las ideologías subyacentes a la cultura actual y desenmascarándolas, ya que “estas pruebas falsas, cada vez más presentes en las sociedades occidentales, están allanando el camino a las teologías pluralistas de las religiones” (p. IX). La tarea, por tanto, está conectada directamente con el propósito de la declaración *Dominus Iesus*, cuya aparición, sin embargo, fue posterior a la redacción de estas líneas.

La primera colaboración (“Freedom, Truth, and Salvation”) está firmada por el cardenal Angelo Scola, y se trata de una breve consideración general – a modo de presentación de la obra – sobre la cuestión de la verdad de Cristo en la cultura actual, marcada por el pluralismo religioso y todas sus implicaciones teológicas. El cardenal Walter Kasper es el encargado del segundo capítulo (“The Uniqueness and Universality of Jesús Christ”), en el que expone el contexto globalizado, pluralista y fragmentado del presente, y el reto que el universo multirreligioso plantea a la teología católica, y a la misma Iglesia, instrumento de unidad y de paz (LG 1), con vocación universal de proclamar la unicidad salvífica de Cristo. Desde aquí aborda críticamente el paradigma pluralista de la teología de las religiones y sus bases epistemológicas, la doctrina sobre el tema del Concilio Vaticano II y otros planteamientos del magisterio eclesial, para concluir, con más amplitud, desarrollando la necesidad de una perspectiva cristológica y trinitaria que logre el equilibrio de unidad y multiplicidad: “la esencia del acontecimiento Cristo es tal que ninguna otra religión o cultura puede añadir o sobrepasar la dispensación de salvación. Todo lo verdadero y bueno que contienen las otras religiones es una participación en lo que apareció en su plenitud en Jesucristo” (p. 16).

La tercera colaboración, de Gerhard L. Müller (“The Epistemological Basis of a Theology of Religions”), está dedicada al trasfondo de pensamiento que, desde la modernidad, y especialmente con Kant, sustenta la TPR, y que según el autor “refleja el mundo secularizado y postcristiano de las civilizaciones de Europa y Norteamérica” (p. 19). Un pensamiento basado en una epistemología que no acepta las afir-

maciones religiosas de verdad, puesto que Dios no puede ser conocido tal como es en sí: “en una inversión de toda lógica sin precedentes, la finitud del espíritu humano se convierte en una barrera absoluta para el infinito” (p. 20). Reconstruye muy bien el discurso pluralista y su crítica de los dogmas cristianos, para proponer frente a él una “teología cristiana de las religiones”, que se basa en la revelación de Dios en la historia salutis, y que llega a su plenitud en Cristo, el Verbo encarnado: “la premisa de esta teología cristiana de la religión es una decisión por la fe en Jesucristo” (p. 28). Después va detallando las contradicciones de la TPR, a la que califica de postcristiana: “no puede ser llamada teología cristiana porque explica la fe sobre la base no de escuchar la Palabra de Cristo, sino de una experiencia general del Absoluto” (p. 29).

Marcello Bordoní se adentra ya en la cristología en el capítulo siguiente (“Christology and Truth”). En él, con un nutrido aparato crítico, se centra en la cuestión de la verdad y su relación con el tratado sobre Cristo, ya que aquélla queda totalmente relativizada en la TPR, y por eso repasa la cuestión de la verdad desde diversos ámbitos, basándose en gran medida en la encíclica de Juan Pablo II *Fides et ratio*, para pasar a confrontar esta exigencia metafísica y gnoseológica con la cristología, que es “el cumplimiento revelado de la verdad. [...] La cristología da a la búsqueda y expectación humanas su respuesta definitiva” (p. 67).

La quinta colaboración (“Theologies of Religious Pluralism”) está a cargo del editor, Massimo Serretti, que critica en su método y contenido a la TPR, cuyos representantes “comienzan con unas circunstancias históricas y terminan con unos imperativos éticos supuestamente vinculantes” (p. 75), y cuyas deficiencias son antes más antropológicas que cristológicas. Vuelve con profusión al tema de la verdad como base de la cuestión de la verdad religiosa, y trata el concepto de religión, y los dogmas cristianos como garantes del equilibrio entre unidad y pluralidad. Su pretensión es “presentar una crítica metafísica y antropológica de la teología pluralista de las religiones, con el objetivo de poner el diálogo interreligioso sobre una base diferente y, en nuestra opinión, incluso más amplia que la que establecen los mismos pluralistas” (p. 98).

Michael Schulz se encarga, en su artículo (“The Crux of the Pluralists”), de abordar la figura de Cristo desde la categoría de único mediador puesta en cuestión por la TPR, cuyos postulados toma de un artículo del teólogo católico (pluralista) P. Schmidt-Leukel. Afirma, según la revelación bíblica, la unicidad salvífica del Verbo encarnado en el Jesús histórico (“el hombre Cristo Jesús” según 1 Tim 2, 5). “Uno tiene la impresión de que Schmidt-Leukel está interesado en debilitar los fundamentos cristológicos de la soteriología para poder demostrar más fácilmente la compatibilidad de la teología pluralista

de las religiones con el cristianismo” (p. 109). Señala que para mantener la absolutéz de Jesucristo son necesarias unas determinadas filosofía de la religión y teoría de la revelación, que desarrolla en profundidad. Trata también el tema de la posibilidad de otras encarnaciones-mediaciones de la salvación.

En la misma línea se sitúa la última colaboración, de Karl-Heinz Menke (“Jesus Christ: The Absolute in History?”), que se centra en la cuestión de la significación universal del acontecimiento histórico concreto de Cristo, en discusión con la TPR, y en especial con J. Hick, aunque antes se remonta a todos los intentos contemporáneos de relativizar la Encarnación o de extenderla más allá del acontecimiento Cristo, ya que según Menke “en relación con la transformación del movimiento de Oxford de una cristología de la encarnación en una teología negadora de la Trinidad que iguala la diferencia entre el Logos y el Pneuma, las ideas de los autores de *The Myth of God Incarnate* son menos una revolución que un resultado” (p. 137). Aborda las propuestas de Balthasar y Verweyen, con abundantes referencias a pie de página, y termina con la consideración de Jesucristo crucificado como momento cumbre de la autorrevelación de la omnipotencia de Dios.

Se trata, pues, de un volumen de gran altura académica, que responde con creces a algunos de los desafíos más importantes planteados por la TPR, y que se acerca a las bases bíblicas y las consideraciones del magisterio y, sobre todo, al trasfondo filosófico, que es donde se juega con mayor trascendencia la validez de las afirmaciones de una u otra postura.

Luis Santamaría del Río

RICHARD R. LOSCH, *The Many Faces of Faith. A Guide to World Religions and Christian Traditions* (Grand Rapids-Cambridge: Eerdmans 2001) VIII + 192 pp. ISBN: 0-8028-0521-3

El autor de esta obra divulgativa sobre el pluralismo religioso, Richard R. Losch, es el rector de la Iglesia episcopaliana St. James de Livingston (Alabama, EE.UU.). Su intención es ofrecer una visión sintética de cada grupo religioso, de una selección que él mismo hizo para la hoja parroquial de su iglesia, y cuyos artículos reúne en este libro. No se trata, por tanto, de un análisis exhaustivo de cada movimiento espiritual, sino que el autor pretende “familiarizar al lector con las principales costumbres y creencias de estos grupos, y disipar muchos de los mitos e ideas falsas que tanto impregnan nuestras creencias comunes sobre ellos” (p. VII). Escrito desde una perspectiva cristiana, sin embargo no quiere juzgar el objeto de estudio, sino ofrecer un acercamiento imparcial y sencillo.

El libro está dividido en dos grandes bloques, que se corresponden con los dos términos del subtítulo. El primero abarca “las



religiones del mundo”, y el segundo está dedicado a la diversidad confesional intracristiana. Con la intención de un orden cronológico en lo posible, Losch comienza con el hinduismo, y sigue en breves capítulos de cuatro a seis páginas ofreciendo una panorámica general del judaísmo, el zoroastrismo, las “filosofías espirituales” chinas (taoísmo y confucianismo), el budismo (con sus variantes), el islam (incluyendo al grupo Nación del Islam), el mormonismo (que guarda con el cristianismo, según el autor, la misma relación de continuidad-discontinuidad que la fe cristiana con el judaísmo), la fe Bahá’i, los testigos de Jehová (cuyo tratamiento reconoce Losch que no es tan objetivo, no por sus creencias, que son herederas del arrianismo, sino por el “abuso de sus miembros para el aumento personal de un puñado de adeptos” (p. 44)), el neopaganismo (en sus diversas formas de Wicca o brujería, recuperación de las deidades nórdicas europeas y del druidismo celta), y los unitarios universalistas (a quienes considera más un grupo de librepensadores que una religión).

Por lo que puede verse, el criterio de selección que ha seguido el autor no es una definición estricta de lo que considera “religión”, sino que ha empleado una acepción bastante amplia que le ha permitido presentar las corrientes principales de lo espiritual presentes en el mundo actual. Sólo hay que ver que la valoración de los movimientos expuestos varía, teniendo una perspectiva crítica en algunos momentos. Para terminar este primer bloque, dedica un capítulo a “las principales sectas benignas”, y que en concreto son la Iglesia de la Unificación y los Hare Krishna. Emplea el término cult, con connotación negativa en inglés (como muchas veces se emplea en español “secta”), que también ha aplicado al jehovismo en el capítulo respectivo, y considera que a pesar de haber sido acusados de dañar a sus adeptos, ambos movimientos pueden verse como “relativamente benignos” (p. 61). ¿En qué sentido lo dice? Por ejemplo, señala que los seguidores del reverendo Moon más involucrados tienen un control mental considerable, y que su salida del grupo es difícil, cuando no peligrosa. El autor tiene un concepto de peligrosidad que aplica a las sectas que provocan la muerte de sus seguidores, por lo que estos grupos tienen un grado de destructividad menor, sin negar que empleen la manipulación.

La segunda parte del libro se acerca a “las muchas caras del cristianismo”, y comienza con una síntesis del decurso histórico de la fe cristiana, observando ya la división (¿no sería mejor, y más ajustado a la realidad, decir “diversidad”?) en los comienzos. En este breve repaso señala algunos detalles como la buena convivencia de las tres religiones monoteístas antes de las Cruzadas, la brutalidad empleada por la Inquisición en España y el empleo de la tortura en la Contrarreforma, elementos de la “leyenda negra” de la Iglesia (católica), que si se miran despacio y con la documentación ahora disponible, no se expondrían con tanta ligereza. Indica al final de la historia los

esfuerzos ecuménicos de reagrupación confesional en las diversas ramas del protestantismo, y la celebración del Concilio Vaticano II, pero no dice nada sobre el Consejo Ecuménico de las Iglesias y las demás iniciativas interconfesionales “globales”. Para Losch, “la historia de la Iglesia es una historia de cismas. Quizás ahora, por la gracia de Dios, puede convertirse en una de unidad creciente” (p. 75).

La descripción de las confesiones cristianas – más larga que en el bloque anterior – comienza con la Iglesia ortodoxa, aclarando que tanto católicos como ortodoxos reclaman ser la rama más antigua del cristianismo (Losch no tiene en cuenta la importancia de la diversidad de ritos orientales, y habla de la ortodoxia prácticamente como de un bloque unitario). Observemos que el autor considera a las Iglesias ortodoxa, católica y anglicana como católicas, para diferenciarlas de las comunidades procedentes de la Reforma. Explica las peculiaridades de la historia, teología y liturgia de la Iglesia católica, después de los luteranos, anglicanos (con más amplitud), reformados, menonitas, presbiterianos, baptistas, cuáqueros, metodistas, Discípulos de Cristo e Iglesias de Cristo, la Iglesia Unida de Cristo (congregacionalistas), los movimientos de santidad y pentecostal, y por último los adventistas y los seguidores de la Ciencia Cristiana, con sus aspectos distintivos de las demás confesiones cristianas. Para incluir a estos dos últimos movimientos el autor se basa –otra vez– en su importancia actual, pero sería discutible su inclusión en el ámbito del cristianismo, en la que los autores no suelen ponerse de acuerdo (por el contraste entre algunas doctrinas novedosas como la celebración del sábado o la importancia dada a las profecías de W. Miller y E. G. White en el caso del adventismo, y su participación en algunos foros de diálogo ecuménico, por ejemplo).

Se trata de un libro interesante, sencillo de leer y bastante equilibrado sobre la realidad religiosa del mundo de hoy, dirigido a un gran público pero sin perder su seriedad y rigor, con las observaciones que se han hecho al relatar su contenido con algo de detalle. También es destacable el tono cristiano que se traduce en una cierta distancia en la primera parte, y en un talante positivamente ecuménico en la segunda.

Luis Santamaría del Río

ROBERT L. MILLET, *A Different Jesus? The Christ of the Latter-day Saints* (Grand Rapids-Cambridge: Eerdmans 2005) XVIII + 226 pp. ISBN: 0-8028-2876-0

“¿Somos cristianos? ¡Por supuesto que sí! Nadie puede negar esto honestamente!”. Con estas palabras del presidente actual de los mormones, Gordon B. Hinckley, se encuentra el lector al abrir el libro

A Different Jesus, lo que da una idea sobre su contenido apologético mormón. Y es que se trata de una cuestión controvertida, la del carácter cristiano de las doctrinas de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (= IJSUD, denominación oficial del movimiento mormón, que se basa en la denominación paulina de los creyentes como “santos”, y que serían los “santos de los días antiguos”), carácter defendido por los mormones y negado por todas las confesiones cristianas. De hecho, la misma Congregación para la Doctrina de la Fe se pronunció en 2001 declarando la invalidez del bautismo administrado por la IJSUD, y se señaló en los comentarios el carácter no cristiano de su dogmática (cf. L. F. Ladaria, “La cuestión de la validez del bautismo administrado en la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días”, Relaciones Interconfesionales 62 [2001], 85-88).

Robert L. Millet es creyente mormón, y profesor en la universidad Brigham Young, propiedad de este grupo. Un apologista evangélico norteamericano especializado en la controversia con los mormones ha llamado a este libro “una apologética mormona escrita específicamente para una audiencia evangélica” (Bill McKeever). Y es verdad que cita con profusión a autores cristianos muy leídos en los EE.UU., como C. S. Lewis y J. MacArthur. Como curiosidad, el prólogo y el epílogo están escritos por un teólogo evangélico, Richard J. Mouw, presidente del Seminario Teológico Fuller, e involucrado en un grupo de diálogo doctrinal de evangélicos con mormones que dirigió junto con el autor. Y por ello le urgíó a publicar esta obra sobre la “cristología mormona” – tema central de esa discusión – en una editorial como Eerdmans. En el prólogo defiende la honradez de Millet y pide abordar la lectura con una mente abierta.

El autor fundamenta el propósito de la obra en la cuestión central de si “¿adoramos al mismo Jesús que es adorado por nuestros amigos de otras confesiones cristianas? Esta pregunta no se responde rápida ni fácilmente. Apunta al corazón de quiénes son los Santos de los Últimos Días y qué creen realmente” (p. XII); y aclara que es una apuesta privada que no cuenta con el imprimatur de la IJSUD, ni tiene intención ecuménica alguna. Comienza el libro con cuestiones introductorias necesarias para ponerse en contexto: los orígenes históricos del mormonismo, su concepción de la revelación abierta y su añadidura de nuevos escritos que ponen al lado de la Biblia (el Libro de Mormón, Doctrinas y Convenios, La Perla de Gran Precio), y a esto se añade un profuso glosario final, que da cuenta de los términos propios de la secta, o que utilizan de manera peculiar.

El primer capítulo está dedicado a la preexistencia de Cristo, basada en la existencia de todos los hombres antes de su nacimiento. Jesús es Dios encarnado y el Señor, y “el hijo espiritual primogénito de Dios Padre” (p. 20), no el único, pues se habla de otros hijos espirituales de Dios: Lucifer y los ángeles. Dios se ha revelado desde el

principio, y los mormones han restaurado este evangelio eterno de Cristo, mediante las ordenanzas – no sacramentos – que son inmutables. En el segundo capítulo Millet aborda la historicidad de Cristo y de sus enseñanzas, aludiendo a la relación entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe. Parte de la crítica al planteamiento de fondo del Jesus Seminar, para defender la divinidad de Jesucristo, así como la veracidad de los evangelios, frente a los muchos intentos de desmitologización que han sufrido, y planteando ante su figura la ya típica alternativa de que Cristo, si hacemos caso de sus propias palabras, o fue un loco, o un mentiroso, o en verdad fue el Hijo eterno de Dios. Según el autor, los mormones defienden la verdad de Jesús y sus enseñanzas aunque sea algo “pasado de moda”.

Millet dedica el tercer capítulo de este libro a un asunto tan importante para la IJSUD como es la restauración de la “fe verdadera” en los tiempos modernos, la centralidad de los mormones en la historia religiosa de la humanidad y, en concreto, en el cristianismo. “Tal concepto de una restauración implica necesariamente la creencia en una apostasía o debilitamiento” (p. 39). Protesta por la separación que suele hacerse entre el cristianismo tradicional (incluyendo a todas las grandes confesiones, aunque olvida por completo a la ortodoxia) y las doctrinas mormonas, y señala que también dentro de los evangélicos hay divergencias doctrinales. ¿A qué se debe eso, según él? Pues sencillamente a que la Reforma protestante acometió una importante y necesaria labor de corrección de la Iglesia cristiana, pero no suficiente, y por eso “se hacía necesaria una restauración completa” (p. 43), cosa que hacen los mormones. El capítulo entero es una defensa de la nueva fe traída por Joseph Smith, y de la nueva revelación del Libro de Mormón. Demuestra una típica concepción reformada “espiritualista” de la Iglesia, que no se fundamenta en comunidad humana alguna, y expone todas las ventajas que supone el mormonismo sobre las otras confesiones cristianas.

El cuarto capítulo se acerca ya a la cuestión nuclear: la cristología mormona. Explica que “los tres miembros separados de la Divinidad son uno” (p. 68), y detalla muchos aspectos de la doctrina sobre Cristo comunes con la fe cristiana, pero a continuación admite que Smith enseñó que “los miembros de la Divinidad son uno en propósito, uno en mente, uno en gloria, uno en atributos y poderes, pero seres separados, que son tres Dioses distintos” (p. 70), siendo el Padre de naturaleza corporal. Explica los títulos que se dan a Jesucristo basándose en el Libro de Mormón (que defendería una “cristología alta”), volviendo a decir que los mormones no creen “que la Biblia contenga todo lo que Dios ha hablado o aún hablará en el futuro” (p. 76), y por eso la IJSUD estará abierta a una nueva revelación progresiva que “proporciona clarificación o información adicional a la Biblia” (p. 77), y legitima esta postura a partir de la evolución de los

escritos neotestamentarios, saltándose así el límite de la revelación (que en la doctrina tradicional se cierra con la muerte del último apóstol), y con una vaga noción del canon.

En el amplio capítulo siguiente el tema tratado es la afirmación de que Cristo es el Salvador de los hombres, entrando así en la soteriología mormona. La salvación, don gratuito de Dios, es procesual, y se da a un hombre que, según el profeta Smith, existía desde la eternidad y existirá en eternidad, y que es bueno por naturaleza. Pero aquí entra una antropología dualista que achaca la bondad natural del hombre a su naturaleza eterna espiritual, y la situación de caída a la carne, su naturaleza mortal. Hay, por tanto, caída para los mormones, pero no existe el pecado original. Aunque queda claro que la salvación sólo puede darse por Cristo y su obra ya finalizada, el sacrificio expiatorio comienza con la agonía en Getsemaní y culmina en el Calvario: “la diferencia para los Santos de los Últimos Días es su creencia en que el sufrimiento del Salvador en Getsemaní no fue un simple prelude de la expiación, sino una parte vital e importante de ella” (p. 92). A la vez, queda marginada la última cena (y apenas se habla en el libro de la eucaristía ni del sacerdocio como relativos a Cristo). Todos los hombres pueden salvarse, si aceptan a Jesucristo y obedecen al evangelio. Aunque la salvación viene por la fe, es necesario el arrepentimiento, el bautismo en agua y la imposición de las manos.

Millet explica otros temas como la gracia previniente, la salvación actual y futura, y la peculiar escatología mormona que divide la gloria eterna en tres apartados diferenciados: reino celestial, reino terrestre y reino telestial. Otro punto importante que toca es la necesidad de los ritos celebrados en los templos mormones para poder disfrutar de la gloria superior. “Si la oportunidad de recibir tales ritos [las ordenanzas] no es posible en la vida mortal, estará disponible en el mundo que está por venir. [...] Una persona viva puede, entonces, por ejemplo, entrar en el templo y ser bautizada en lugar de alguien que ha muerto” (pp. 111-112). La glorificación del hombre, por último, consiste en hacerse uno como Cristo, y por ello la vida eterna no es más que “1) la continuación de la unidad familiar en la eternidad, a través de la obediencia a las alianzas y ordenanzas del templo; y 2) heredar, recibir y poseer la plenitud de la gloria del Padre” (p. 115), lo que conlleva la deificación, compartir la divinidad de Dios. Aunque aclara que los mormones no creen que los hombres deificados serán adorados, sino sólo el Padre y el Hijo (¿y dónde queda el Espíritu, que según el símbolo cum Patre et Filio simul adoratur et conglorificatur?).

El capítulo sexto aborda la situación de los que no han oído la predicación del evangelio. Repasa las respuestas exclusivista, pluralista e inclusivista, a las que añade la teoría de la “evangelización uni-

versal” inmediatamente anterior a la muerte de cada persona, y la teoría de la evangelización post mortem o “segunda probación”. Todo esto, para llegar a la cuestión del “bautismo por los muertos”, práctica mormona que quieren justificar con 1 Cor 15, 29: “los Santos de los Últimos Días creen que la doctrina de la salvación por los muertos fue conocida y entendida por las comunidades cristianas antiguas” (p. 131), y por ello consideran que han recuperado una práctica cristiana de los orígenes, y que tiene una correspondencia escatológica con la predicación del evangelio a los muertos.

El capítulo séptimo aborda 21 cuestiones de interés. Entre otras cosas, Millet asegura que la doctrina mormona se ha mantenido sin cambio alguno, que creen en las tres personas de la Trinidad como “dioses separados” (aunque afirman simultáneamente la unidad de Dios, lo que resulta muy confuso), que la IJSUD no es una secta, que Dios es de naturaleza humana (y por lo tanto es de carne y hueso), defiende la veracidad del Libro de Mormón y del Libro de Abrahán (ambos traducidos por Joseph Smith), la ausencia del uso de la cruz, y todo lo bueno que tiene su fe. Un párrafo del propio autor reproducido en su integridad nos da un buen reflejo del carácter no cristiano del mormonismo: “si estar en la línea histórica de las Iglesias cristianas – o católicas o protestantes – hace a alguien cristiano, entonces claramente los Santos de los Últimos Días no son cristianos, ya que creen que fue necesaria una restauración de la verdad y poder divinos. Si una creencia en la suficiencia e inerrancia de la Biblia hace a alguien cristiano, entonces obviamente los Santos de los Últimos Días no son cristianos, pues mientras aceptan y aman la Biblia se abren a la llamada de profetas modernos y de la escritura adicional. Si una aceptación de la doctrina de la Trinidad hace a alguien cristiano, entonces los Santos de los Últimos Días no son cristianos, por supuesto, ya que creen que la doctrina de la Trinidad tal como se expresa en la teología moderna protestante y católica es el producto de la reconciliación de la teología cristiana con la filosofía griega” (p. 171).

El libro termina con la conclusión del autor, el epílogo de Mouw, dos apéndices documentales (los 13 artículos de fe escritos por Smith y la declaración sobre Cristo hecha por la presidencia mormona en el año 2000), además del glosario ya citado y de un repertorio bibliográfico. Como ya se ha señalado, constituye una obra apologética en su totalidad, y con un estilo que intenta convencer al cristiano – sobre todo evangélico – del carácter también cristiano de un movimiento que, como puede observarse leyendo con detención lo escrito y citado por Millet, diverge en puntos fundamentales de la fe cristiana compartida por católicos, ortodoxos, protestantes y anglicanos.

Luis Santamaría del Río

MIGUEL A. DE LA TORRE, *Santería. The Beliefs and Rituals of a Growing Religion in America* (Grand Rapids-Cambridge: Eerdmans 2004) XVIII + 246 pp. ISBN: 0-8028-4973-3

El autor de esta obra, Miguel A. de la Torre, actualmente profesor asociado de la Escuela de Teología Iliff (Denver, Colorado), es ministro baptista y ha publicado algún otro libro sobre las cuestiones religiosas partiendo de la realidad sociocultural cubana, y por eso ahora pretende explicar un fenómeno tan peculiar como es la santería, una forma de religiosidad afroamericana que está presente sobre todo en Cuba, pero que ha traspasado las fronteras de la isla caribeña para difundirse con gran rapidez, por obra de la emigración, tanto en los EE.UU. (donde según el autor hay, como mínimo, medio millón de practicantes) como en Europa, a través de España (realidad que no contempla el libro pero que ya ha llegado, y no es raro ver en nuestro país tiendas y anuncios de santería y otros ritos afroamericanos, sobre todo en las grandes ciudades).

“Esta expresión religiosa ha sido parte de la experiencia americana por algún tiempo incluso aunque la población euroamericana dominante deje de reconocer su existencia. Hoy, como desde los días de la esclavitud, es probablemente la religión más practicada en Cuba” (p. XI; algunas estadísticas hablan de la mitad e incluso el 75% de la población). Frente a las imágenes supersticiosas o exóticas que se tienen de la santería (de hecho, este mismo término es peyorativo en su origen, al ser inventado por el clero católico para designar el sincretismo cubano), el autor pretende un acercamiento serio e imparcial. De la Torre da una buena idea del eclecticismo de este culto cuando escribe que “la santería está compuesta por un cristianismo ibérico modelado por la contrarreforma y el catolicismo popular español, mezclado con la adoración africana a los orishas tal como se practicaba por la religión yoruba en Nigeria y más tarde modificada por el espiritismo kardeciano [de Allan Kardec] que se originó en Francia y se hizo popular en el Caribe” (p. XIII). La ausencia de dogmas, ortodoxia y jerarquía hace difícil el estudio sistemático de la santería, al igual que el secreto de muchas de sus prácticas, pero el autor explica que, a diferencia de otros muchos ensayos, el suyo está hecho con una amplia perspectiva, más allá de lo sociológico y lo antropológico, y que es posible por haber sido con anterioridad creyente en la santería por su tradición familiar.

El libro está distribuido en un orden eminentemente divulgativo, para dar una información lo más completa posible al lector que desconozca el fenómeno tratado. El primer capítulo se acerca a la definición y delimitación de la santería, partiendo el autor de su propia experiencia familiar e infantil, para explicar su origen africano – de la religión yoruba –, su contenido general y propósitos. Afirma que “todas las religiones son sincretistas” (p. 6), y que por ello

la aplicación de esta etiqueta a la santería como algo peyorativo es un rastro de imperialismo cultural y hasta racismo eurocéntrico. En su análisis, sin embargo, da la impresión de que no tiene en cuenta suficientemente la peculiaridad cristiana que limita la adoración a Dios solo, siendo los santos figuras no equiparables a las deidades africanas en una vivencia espiritual. Eso sí, deja claro que no se trata de algo cristiano, ya que Jesucristo no tiene ningún lugar central en la santería. El resto del capítulo repasa la centralidad de la tierra, los textos sagrados, la ética y la escatología (reencarnatoria), y sobre todo la importancia de la muerte y los ancestros. De la Torre separa la santería de otros cultos afroamericanos como el Palo, que tendrían un carácter negativo.

Después de esta completa introducción, el autor va detallando diversos aspectos que integran la santería. El capítulo segundo está dedicado a la cosmogonía santera, a su doctrina sobre la creación: “en el principio era ashé, energía cósmica pura. Ashé estaba con Olodumare, y ashé era Olodumare” (p. 33), siendo Olodumare el dios supremo de este culto, la causa primera de todo, y que se manifiesta de diversas formas según su función. Hay una primera y una segunda creación, una unión de los primeros seres humanos, un decálogo ético dado por la divinidad, un incesto entre dioses y otros elementos mitológicos propios de una teogonía africana. Después se describen los orishas o dioses secundarios (creados por Olodumare), con sus atribuciones y funciones (correspondientes cada uno a una deidad grecorromana y a uno o varios santos cristianos). Como una continuación, en el capítulo tercero se narran las leyendas principales que se refieren a cada uno de estos dioses, y que tienen origen africano, cubano o sincrético de ambas culturas.

Los rituales de la santería, quizás lo más llamativo y conocido fuera de las comunidades que la practican, es el contenido del capítulo cuarto. Comienza defendiendo el carácter positivo y no oculto o bruñeril de estas prácticas culturales, que son muy importantes si se tiene en cuenta que “mientras la mayoría, si no la totalidad, de las religiones pueden entenderse en términos doctrinales, la santería, al no tener un credo central, ha de ser entendida en los términos de sus rituales. Es una religión basada en la ortopraxis (acciones rectas), no en la ortodoxia (recta doctrina)” (p. 102). El autor repasa el lugar del culto (ilé o casa de santos) y sus ministros, el proceso de iniciación y sus ritos progresivos, las danzas sagradas, las ofrendas, sacrificios y otras ceremonias conocidas como ebbós, la adura u oración personal de súplica y adoración, el importante lugar de las hierbas medicinales, el uso de las piedras como signo de la presencia de los dioses, y el carácter mágico.

Siguiendo con los aspectos prácticos, De la Torre ofrece en el capítulo quinto el estudio de los oráculos o la práctica adivinatoria,



que no sólo consiste en consultar a los dioses para prever el futuro, sino en situar al hombre en el presente de acuerdo con su destino, en la armonía con el mundo espiritual. Explica algunos de los principales métodos adivinatorios: los cocos, las conchas, la tabla de Ifá y la numerología china. El capítulo sexto hace memoria de la historia y prehistoria de la santería, desde el culto africano yoruba y su traslación al Caribe por medio del comercio esclavista, pasando por su encubrimiento y mezcla con la religiosidad católica imperante en la isla de Cuba y su posterior enriquecimiento con la llegada de las doctrinas espiritistas europeas del siglo XIX, hasta llegar a su persecución en el siglo XX y la posterior visión como folklore, sin olvidar su situación en el exilio (sobre todo en la colonia cubana de Florida). Para el autor se trata de “una religión premoderna que ha sobrevivido en un mundo posmoderno” (p. 181). Termina el capítulo con una interesante cronología.

En el siguiente capítulo se quiere ir más allá de las creencias y prácticas, buscando la esencia religiosa de la santería. Parte de la constatación de que no se trata de una religión revelada ni de carácter profético, y que “descarta creencias y rituales que dejan de ser relevantes, mientras que absorbe nuevas creencias o incluso nuevos dioses que puedan elevar las vidas de sus seguidores. A diferencia de las religiones tradicionales, la santería es una religión amorfa y práctica que promete poder tangible e inmediato para habérselas con las penalidades de la vida, poder que se manifiesta en una variedad de formas dependiendo de la situación del creyente” (p. 189). No hay distinción entre lo sagrado y lo profano, y esta culto cambia según el contexto social en el que se desenvuelva; de ahí la importancia que ha tenido la situación de esclavitud para el desarrollo de la santería hasta convertirse en una “religión de resistencia”, como la llama el autor (llega a plantear que se trata de una religión de liberación, por su origen y realidad actual de una fe en medio de la opresión), y después la realidad del exilio cubano en los EE.UU., como medio de preservar su identidad. No olvida De la Torre los casos en los que la misma santería ha propiciado mecanismos de opresión al ser permeada por la mentalidad capitalista.

Por último, el capítulo octavo aborda la adaptación que realiza la santería según el contexto social en el que se encuentre, sobre todo cristiano. Comenta el tema del secretismo y su progresiva apertura en la situación de legalidad, la presencia en los medios de comunicación de masas, los problemas derivados del sacrificio de animales y del uso de la sangre, la figura de Jesús, el carácter de su culto a los dioses-santos, las tensiones de las manifestaciones “católicas” de sus deidades, los mitos, la unión cuerpo-alma, y la posesión espiritual como semejante a la experiencia carismática en el pentecostalismo. Para el autor “puede considerarse una fe americana principal junto con el cristianismo, judaísmo e islam. Aunque esta religión emer-

gente tiene sus raíces en la religión yoruba africana, el cristianismo popular ibérico y el kardecismo europeo, ni es africana, ni católica ni espiritista. La santería es, y continuará desarrollándose como una expresión religiosa únicamente americana” (p. 223). Concluye el libro con un interesante glosario, sobre todo con términos hispanos y africanos, y con la bibliografía. Constituye, pues, una buena herramienta para adentrarse en el estudio de esta religiosidad afrocubana, aunque se echa de menos algún apunte más crítico mediante el importante discernimiento magia-religión y con la ayuda de la filosofía de la religión. Son destacables, también, las numerosas tablas que ayudan a comprender los listados de divinidades, jerarquías de dioses, ritos, etc.

Luis Santamaría del Río

MICHAEL A. HAYES, *New Religious Movements in the Catholic Church* (London: Burns & Oates 2005) IX + 182 pp. ISBN: 0-86012-384-7

Uno de los hechos más significativos en la actualidad de la Iglesia católica es, sin duda, el auge de los llamados “nuevos movimientos eclesiales” (NME), que plantean de diversas formas la necesidad de evangelizar nuestra sociedad occidental secularizada y la realidad empobrecida de los países del sur, poniendo unos acentos concretos en la vida comunitaria y en una identidad cristiana fuerte. Este libro, editado por Michael A. Hayes, profesor de Teología en el St. Mary’s Collage de Strawberry Hill (Twickenham, Inglaterra), pretende ofrecer una visión panorámica de los principales NME, presentados por miembros destacados de los mismos grupos, incluso en algunas ocasiones por los propios fundadores, lo que da una idea del enorme interés de la obra. Una observación que creo necesaria ya desde el principio, porque se refiere al título (y no al resto del libro, que no emplea este término), es que habría sido más acertado hablar de NME o “nuevos movimientos” simplemente, y no de “nuevos movimientos religiosos”, término utilizado en la investigación académica actual para referirse a los grupos tradicionalmente conocidos como “sectas”, y cuya denominación se ha cambiado para evitar la connotación peyorativa, aunque dicha modificación no sea del todo satisfactoria.

Yendo al contenido del libro, contiene las lecciones dadas en el St. Mary’s Collage durante el curso 2003/04 por los respectivos autores, en un ciclo dedicado a la misión y la evangelización desde la perspectiva de los NME, en la línea de la llamada de Juan Pablo II a la “nueva evangelización”. El editor reconoce en la introducción la vaguedad del término con que se engloba a estos grupos, y la variedad

que se da entre unos y otros. Pero también señala sus puntos comunes: la referencia al Concilio Vaticano II y su llamada a la santidad y al apostolado, la insistencia en la dimensión carismática de la Iglesia, la importancia dada al laicado como vocación propia, y la urgencia de la evangelización. Recuerdan, según explica Hayes, el íntimo vínculo que ha de haber entre kerygma, koinonía y diakonía en la vida de la Iglesia. Y recomienda leer cada colaboración con la atención puesta más en el ser que en el hacer de cada movimiento.

El primer capítulo, a cargo de Charles Whitehead, tiene carácter general, sobre la identidad de los NME y su lugar en la Iglesia. Ellos “son verdaderamente Iglesia, en el sentido de la comunidad de bautizados que encontramos en el Nuevo Testamento y en *Lumen gentium*, y por ello la denominación ‘movimientos eclesiales’ es más apropiada que ‘movimientos laicales’” (p. 15). El autor alude al gran respaldo público que dio Juan Pablo II a los NME en varios actos celebrados en Roma en 1998 y 1999, y apunta las características comunes a estas realidades: fundador carismático, carisma particular, forma de expresión eclesial, pertenencia mayoritaria de laicos, compromiso radical con el evangelio, enseñanza y preparación vinculadas a su carisma, y un acento especial en algún aspecto de la vida de la Iglesia. Originados por el Espíritu Santo, responden a desafíos concretos del mundo actual, y han de insertarse en la comunión eclesial, siendo un ejemplo de la integración de las dimensiones institucional y carismática del pueblo de Dios. Whitehead reconoce también que “a veces son criticados a nivel local por ser elitistas y divisores, y la mayoría de católicos conoce poco de ellos” (p. 23), pero no profundiza en esto para hacer autocrítica, sino que continúa con un tono eminentemente positivo (no en vano él pertenece a uno de estos movimientos, como puede verse en el testimonio personal que ofrece en el texto).

La colaboración siguiente sirve para presentar la Comunidad de San Egidio, con la firma de Mario Marazziti y Austen Iveleigh. Partiendo de una frase de Juan XXIII, explica su compromiso especial con los pobres, su tarea de construcción de la paz y su sensibilidad ecuménica e interreligiosa. Después François-Xavier Wallays escribe sobre el movimiento de origen francés que él mismo dirige, la Comunidad de las Bienaventuranzas. El siguiente artículo, del español Javier Prades López, constituye una amplia explicación de Comunión y Liberación desde la visión que su fundador, Luigi Giussani, tenía de la Iglesia como acontecimiento de salvación, y del “método sacramental” de la evangelización (más que presentar el movimiento hace una interesante reflexión teológica a partir de su espiritualidad concreta).

Bryan Cunningham es el encargado de exponer la Comunidad Schönstatt, como respuesta a los desafíos que el mundo actual le plantea a la tarea evangelizadora. Y Christine McGrievy hace la

presentación de El Arca, grupo fundado por Jean Vanier, y con una dedicación especial a los discapacitados, pretendiendo ser un “lugar de humanidad”. La siguiente colaboración le sirve al artista español Kiko Argüello para exponer, con el estilo que le caracteriza (repleto de referencias a la actualidad, anécdotas y valoraciones de su propia espiritualidad), el Camino Neocatecumenal, que él mismo inició junto con Carmen Hernández. Otro fundador, Luis Fernando Figari, es quien firma el artículo dedicado a su movimiento, el latinoamericano Sodalicio de Vida Cristiana. Por último, Chiara Lubich presenta el Movimiento Focolar, fijándose en la acentuación de la dimensión mariana de la Iglesia que trae consigo.

Es, en resumen, un libro que aporta datos de primera mano sobre los NME, proporcionados por sus propios representantes. Hace una buena selección de grupos, aunque algunos de importancia a nivel de Iglesia universal podrían haberse incluido. Sí da la impresión, al leerlo, de que presentan en ocasiones una alternativa radical al mundo actual para ofrecerle la buena noticia de Jesucristo, sin reparar mucho en los aspectos que necesiten depuración y evolución progresiva en contacto con las demás realidades eclesiales y sociales, y bajo la acción discernidora del magisterio de la Iglesia.

Luis Santamaría del Río

JESÚS CALLEJO, *Breve historia de la brujería* (Madrid: Nowtilus 2006)  
283 pp. ISBN: 84-9763-277-X

El autor de esta obra divulgativa, Jesús Callejo Cobo, es licenciado en Derecho, autor de varios libros sobre temas esotéricos y de lo extraño, y habitual en los medios de comunicación que divulgan sobre estos asuntos. Dentro de la colección “Breve historia” de la editorial Nowtilus, ofrece en esta ocasión una sencilla presentación de la brujería a lo largo de la historia, con pretensión de imparcialidad y rigor. Parte del desconocimiento del fenómeno bruñeril, y de toda la mitología que ha habido en torno a él: “la historia y la histeria de la brujería es la historia de una superstición y de una persecución que se mantuvo durante más tiempo del deseado y que duró más siglos de lo que el sentido común exigía” (p. 18).

El primer capítulo está dedicado a los orígenes de la brujería, sus versiones – pagana/popular y satánica –, su presencia en las mitologías y culturas diversas. Según el autor, “antes de 1350, la brujería significaba fundamentalmente hechicería, restos de ciertas supersticiones populares que tenían un carácter pagano porque se remontaban a épocas anteriores al cristianismo, pero no porque fueran la supervivencia de una religión precristiana opuesta al cristianismo” (p. 63). En el segundo capítulo Callejo expone la “parafernalia bruñe-

ril”, es decir, todos aquellos elementos que el imaginario colectivo ha atribuido a estos personajes, pactos satánicos, aquelarres, el vuelo, las hierbas, etc. En la misma línea, el capítulo siguiente trata sobre los conjuros y libros utilizados por las brujas, además de aludir a las leyendas de varios santos que antes de su conversión habrían participado en la magia negra.

El capítulo cuarto, encabezado con la frase “con la Iglesia hemos topado”, se acerca a la actitud de la Iglesia ante este fenómeno. Durante la Edad Media lo habría considerado un engaño o locura, pero después se habría visto como herejía, y así “la caza de brujas no surgió durante la Edad Media como muchos han creído, sino que es fruto del Renacimiento” (p. 129). El autor hace curiosas afirmaciones que pueden discutirse a la luz de la historiografía, como cuando dice que “bajo la etiqueta de brujería, el poder político y eclesiástico del momento eliminaba de un plumazo cualquier voz discordante” (p. 131), o que “fueron asesinados la mayoría de los herejes” (p. 132), más propias de las leyendas negras anticatólicas. También recuerda la tradición más misógina del cristianismo, y que en realidad estaba a la base de muchas de las acusaciones de brujería. Señala que Inocencio VIII “dio luz verde para el exterminio de las brujas” (p. 152).

Así introduce el capítulo quinto, sobre la caza de brujas, y que Callejo subtitula así: “la gran masacre”. “Fue a partir de mediados del siglo XV cuando se empezaron a incoar terribles y sangrientos procesos y se abrió la veda para quemar a personas por ser consideradas brujas” (p. 162). El autor rebaja la cifra que en ocasiones se ha dado de medio millón de víctimas a 50.000, y constata el apoyo social que tenían estos procesos. La persecución se desarrolló en mayor medida en las tierras protestantes, sobre todo en Alemania. Y deja bien claro: la Inquisición (católica, en sus tres variantes) condenó a muerte “durante los tres siglos sobre los que hay documentación fidedigna, un total de 4 brujas en Portugal, 59 en España y 36 en Italia. En ese mismo período de tiempo, los tribunales civiles condenaron a 100.000 brujas en toda Europa, de las que 50.000 fueron a la hoguera” (p. 199). Se refiere al estudio realizado ad hoc por el Vaticano, que también afirma que “la mayor parte de las condenas consistían en peregrinaciones, rezos, plegarias u otras penitencias espirituales” (p. 200). También hay una alusión a los procesos antibrujeriles en el Nuevo Mundo.

El último capítulo está dedicado a la brujería en España, ofreciendo datos interesantes sobre sus diversos episodios históricos, y algunos procesos inquisitoriales (en un país en el que este tribunal atendía mayoritariamente a casos de herejes, moriscos y judaizantes). El epílogo repasa la actualidad del fenómeno brujeril: “la brujería no es un invento de clérigos frustrados y paranoicos que aborrecían los ritos paganos o que veían a Lucifer en cada esquina de sus celdas,

sino que es un concepto mucho más profundo. [...] Es algo anterior al cristianismo, que hunde sus raíces en el paganismo más ancestral y no ha muerto, ya que pervive en nuestros días, aunque con diferentes manifestaciones” (p. 256). Repasa algunos datos estadísticos sobre la creencia actual en la brujería, y su resurgimiento más reciente, sobre todo bajo el espectro de la Wicca, y en varias obras y personas representativas. Para terminar con sus restos en el folklore y la cultura en el sentido más amplio.

Libro breve y escrito con un estilo corriente y desenfadado, da una idea general de la brujería a lo largo de la historia. A pesar de su tratamiento superficial y de algunos datos y valoraciones discutibles, se agradece que no caiga en muchos tópicos e ideas sensacionalistas que suelen llenar muchas páginas de este tipo de libros, habiéndose documentado con varias fuentes serias.

Luis Santamaría del Río

MOISÉS GARRIDO VÁZQUEZ, *El negocio de la Virgen. Tramas políticas y económicas de milagros y curaciones* (Madrid: Nowtilus 2005) 229 pp. ISBN: 84-9763-097-1

El autor de este libro se presenta como “investigador y divulgador de temas relacionados con los fenómenos anómalos”, y dice ser agnóstico. Es uno de los habituales en este mundillo de la investigación sobre lo esotérico y lo paranormal en España, y ya la portada y el título nos dan una idea del enfoque utilizado, periodístico y con tintes sensacionalistas. Escribe con una postura totalmente crítica y escéptica, totalmente fuera de la fe (“quizás, mi actual agnosticismo se deba en buena parte al fenómeno aparicionista”, confiesa en la p. 17). Permítaseme citar ahora, para ver desde este momento el tono general de la obra, las últimas líneas del epílogo, escritas a modo de conclusión: “La Virgen María jamás se ha aparecido en nuestro mundo tras su muerte. Las visiones y locuciones tienen una causa psicológica o psicopatológica. Los fenómenos milagrosos no son más que ilusiones ópticas, alucinaciones y fraudes. Eventualmente, pueden tratarse de fenómenos parapsicológicos. Existe un trasfondo lucrativo en la mayoría de los casos aparicionistas. A través de las apariciones marianas se pretende expandir determinadas ideologías ultraconservadoras, reaccionarias y antidemocráticas. Hay una dinámica claramente sectaria en los grupos marianos que surgen en torno a determinados casos aparicionistas. La Iglesia católica ha utilizado las apariciones marianas de mayor resonancia pública como más le ha convenido, con el fin de afianzar y garantizar su poder sobre la masa de creyentes, captar más feligreses e incluso obtener

beneficios económicos” (p. 227). Toda una declaración de intenciones, sin duda alguna.

El capítulo 1, introductorio, “demuestra” la deificación que los primeros cristianos hicieron de la madre de Jesús de Nazaret, equiparándola con las diosas paganas, y repasa los elementos integrantes de las apariciones marianas, siempre a partir de explicaciones psicológicas o incluso de oscuros planes y conspiraciones. El capítulo 2 se acerca a la actitud de la Iglesia católica ante estos fenómenos, y aquí Garrido hace un buen comentario del status de las revelaciones privadas en la fe eclesial y la prudencia a la hora de discernirlas, pero con valoraciones antieclesiales del tratamiento oficial de las apariciones, como las citadas en el párrafo anterior. En el capítulo 3 expone su explicación psicológica de las apariciones como alucinaciones, y en el capítulo 4 hace lo mismo con los supuestos milagros ocurridos en los lugares de aparición.

El autor ofrece en los siguientes capítulos (del 5 al 8) un curioso catálogo de casos fraudulentos o, al menos, bastante dudosos, que se han dado y se están dando en diversos lugares de España, con especial atención en algunos, como el bien conocido del Palmar de Troya (Sevilla), que llevó a un cisma que dura hasta hoy, y otros como Garabandal, El Escorial, El Higuero, etc. El capítulo 9 sale de nuestras fronteras para dar algunos detalles de las apariciones de Guadalupe, La Salette y Medjugorje, entre otras. Para terminar con las célebres apariciones marianas en Fátima y la cuestión de los secretos, “otro caso más” en el que la Iglesia católica habría manipulado la verdad. Sorprendentemente, no se dice nada de los importantes eventos de Lourdes.

El libro, como ya he dicho, es escéptico y muestra una profunda desafección eclesial, que raya en la animadversión. Sin embargo, muestra un hecho real y que no puede pasarse por alto en la actualidad de la Iglesia católica: los fenómenos aparicionistas y todo lo que mueven alrededor. Porque, aunque es verdad que hay un componente importante de fe, y que olvida el autor de esta obra, no deja de ser cierto parte de lo que cae bajo su acusación: la dimensión lucrativa de algunos casos, el exagerado tono pesimista y apocalíptico – en el mal sentido – de muchos de sus mensajes, la vinculación con lo más tradicionalista del mundo católico, la agrupación sectaria en torno a algunas apariciones, etc. Ahora bien, no puede admitirse la valoración que hace Moisés Garrido del papel del magisterio de la Iglesia ante estos casos pues, aunque en ocasiones no actúe con la suficiente contundencia, sí acostumbra a hacerlo con prudencia y discernimiento teológico y pastoral adecuados.

Luis Santamaría del Río

MARCELLO PERA – JOSEPH RATZINGER, *Sin raíces. Europa. Relativismo. Cristianismo. Islam* (Barcelona: Península 2006) 140 pp. ISBN: 84-8307-717-5

En el año 2004 coincidieron, en días seguidos, dos conferencias que han dado lugar a este libro. Por un lado, Marcello Pera, catedrático de Filosofía y presidente del Senado italiano, tuvo una lección magistral en la Pontificia Universidad Lateranense. Por otro lado, Joseph Ratzinger, destacado teólogo, cardenal y presidente de la Congregación para la Doctrina de la Fe, pronunció una conferencia en el Senado de Italia. Publicados en un volumen con el título de *Senza radici* ese mismo año, su traducción española ha visto la luz en 2006, seguramente urgida por la elección del segundo autor como sucesor de Pedro en la sede episcopal de Roma, con el nombre de Benedicto XVI. Tal como afirma Pera en el preámbulo, entre los dos autores fue casual la sucesión de sus intervenciones, pero “no fue casual la convergencia – y, quizá también, la plena coincidencia – que, de manera completamente independiente y desde perspectivas muy distintas, encontramos en nuestras preocupaciones acerca de la situación espiritual, cultural y política de Occidente y, en particular, de la Europa actual” (p. 7). Además de las dos conferencias, la obra incluye una carta de cada autor en la que intercambia ideas con el otro.

La primera conferencia es la de Marcello Pera, y lleva por título “El relativismo, el cristianismo y Occidente” (pp. 9-49). Comienza constatando un elemento de nuestra cultura: “el pensamiento que domina actualmente en Occidente a propósito de las creaciones universales del propio Occidente es que ninguna de ellas posee un valor universal” (p. 12). Uno de sus síntomas es el lenguaje políticamente correcto o “neolengua”, que ilustra con el ejemplo de la relación de Europa con el Islam, y critica la autocensura occidental en este tema. De aquí pasa a las raíces filosóficas del relativismo, que rastrea en Wittgenstein y en Derrida, para afirmar que “el relativismo, aunque se puedan conceder muchas cosas a sus premisas, no se tiene en pie. El contextualismo y el deconstructivismo tienen en contar los ‘hechos’” (p. 27). Después analiza el relativismo en la teología: “se ha partido de la observación fenomenológica de la pluralidad de credos y religiones, se ha seguido con la comparación, se ha perdido la esperanza en el metacriterio y se ha terminado con el cuestionamiento de los credos fundamentales” (p. 29), modo de ver las cosas que hoy se impone, so pena de acusar al discolo de fundamentalista. La tesis de que no hay verdades es, según Pera, “contradictoria, falsa y contraproducente para el cristianismo” (p. 31). Y detalla a continuación algunas consecuencias del relativismo, fijándose sobre todo en el diálogo interreligioso. Escribe de manera lapidaria que “el cristianismo es tan consubstancial a Occidente que su derrumbe tendría consecuencias devastadoras” (p. 36). El relativismo ha paralizado a Europa, y



alude por último el autor a la discusión sobre las raíces cristianas del continente y su inclusión en el preámbulo de la Constitución europea, fallida por el miedo a la verdad que trae consigo el relativismo, y que ha empapado al mismo pueblo creyente. Y, en esto, Europa se encuentra – según Pera – en una guerra (frente al yihad) en la que reacciona con miedo y una falsa culpabilidad (lo mismo que hace la Iglesia, cuya petición de perdón aborda positiva pero críticamente).

El segundo gran bloque del libro lo constituye “Europa. Sus fundamentos espirituales ayer, hoy y mañana” (pp. 51-77), conferencia dictada por Joseph Ratzinger en 2004 reelaborando una anterior de 2000 para reflejar la evolución de los problemas de la Constitución europea. Inicia su reflexión con el origen histórico del continente, en sus partes occidental y oriental, y sigue con el giro radical que supuso la modernidad, dando gran importancia a las divisiones confesionales cristianas en este proceso histórico de configuración de la realidad europea, además de observar la evolución de las relaciones entre la religión y el Estado. Y sin olvidar la presencia constante del Islam como el antagonista principal. En la actualidad, “con la victoria del mundo técnico-secular posteuropeo, con la universalización de su modelo de vida y de su manera de pensar se difunde, especialmente en los mundos estrictamente no europeos de Asia y de África, la impresión de que el mundo de valores de Europa, su cultura y su fe, aquello en lo que se basa su identidad, ha llegado a su fin y ya ha abandonado la escena; que ahora ha llegado la hora de los sistemas de valores de otros mundos, de la América precolombina, del Islam y de la mística asiática” (p. 65).

Señala con duras palabras el vacío de la cultura europea, su desgana de futuro, su crisis y ocaso. Ante esto, propone volver la mirada a la identidad más profunda de Europa, lo que da dignidad humana a la existencia; y analiza la consideración de la religión en los diversos modelos políticos. Hoy, para Ratzinger, “el declinar de la conciencia sobre los valores morales intangibles sigue siendo nuestro problema, y puede llevar a la autodestrucción de la conciencia europea” (pp. 71-72). Indica dos elementos fundamentales de la identidad europea: la incondicionalidad de la dignidad del hombre y de los derechos humanos, y el matrimonio y la familia, aspectos que debería proclamarse y protegerse en la Constitución europea. El autor alude también a la cuestión religiosa, y en concreto al respeto a lo sagrado. Lúcidamente afirma que hoy se multa a los que ofenden las convicciones judías o musulmanas, pero “cuando se trata de Cristo y de lo que es sagrado para los cristianos, entonces la libertad de opinión aparece como el bien supremo, y limitarlo sería amenazar o incluso destruir la tolerancia y la libertad en general. Pero la libertad de opinión encuentra su límite en esto: que no puede destruir el honor y la dignidad del otro; no es libertad para mentir o para destruir los derechos humanos” (p. 75). ¿La causa?: un odio de Occidente a sí mis-

mo, un odio patológico de aquel que ya no se ama a sí mismo. Según Ratzinger, “para las culturas del mundo la profanidad absoluta que se ha ido formando en Occidente es algo profundamente extraño. Están convencidos de que un mundo sin Dios no tiene futuro. Por tanto, es precisamente la multiculturalidad la que nos llama a entrar de nuevo en nosotros mismos” (p. 76). Al final propone la acción de los creyentes en la construcción europea como una “minoría creativa”.

Lo siguiente es la carta de Marcello Pera dirigida al cardenal Ratzinger, en la que responde a varias preguntas sobre la identidad de Europa, su nueva Constitución y el papel de los cristianos en la sociedad civil, haciendo continuas alusiones a la conferencia de su interlocutor. Para terminar el volumen con la carta inversa, en la que el ahora pontífice comenta varios asuntos al hilo de la carta de Pera, como la relación entre el cristianismo y la religión civil, la laicidad, el relativismo y las cuestiones bioéticas. Tanto en este intercambio epistolar como en los dos textos principales, queda clara la altura intelectual de los dos autores y la profundidad de su análisis de la cultura actual. Algunos aspectos concretos pueden ser discutidos, y esto también por la lucidez y sana racionalidad con los que han sido escritos. Un buen libro, por tanto, para pensar, y cuya cuidada versión española hay que agradecer a la editorial y a los traductores (Bernardo Moreno y Pablo Largo).

Luis Santamaría del Río

BERNARD SESBOÛÉ, *Fuera de la Iglesia no hay salvación. Historia de una fórmula y problemas de su interpretación* (Bilbao: Mensajero 2006) 431 pp. ISBN: 84-271-2805-3

Bernard Sesboué, jesuita francés, es autor de un buen número de libros sobre cuestiones dogmáticas. Profesor emérito del centro Sèvres de París, es consultor del Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos y copresidente católico del grupo Les Dombes. En este libro, traducido del francés por Miguel Montes, pretende analizar el axioma teológico extra *Ecclesiam nulla salus*, que tantos quebraderos de cabeza ha dado en la historia de la teología, y a cuya interpretación ya se han dedicado otras monografías, algunas de las cuales cita y utiliza con profusión Sesboué.

Para introducir el libro confronta un texto de la bula *Cantate Domino* (del Concilio de Florencia, 1442) sobre la imposibilidad de salvación fuera de la Iglesia católica, con dos citas del Concilio Vaticano II (LG y GS) en torno al mismo tema, en un sentido totalmente diferente, para preguntarse: “¿hemos de ver entre ambos textos una verdadera contradicción? Ahora bien, en este caso, ¿qué pasa con la continuidad doctrinal de la enseñanza de la Iglesia en un punto

que nadie puede considerar secundario?” (p. 13). El axioma toca un punto central de la fe cristiana, y por eso supone un reto para la soteriología y la eclesiología, la teología de las religiones y la misionología, el ecumenismo y la misma cristología, además de afectar a la inerrancia del magisterio eclesial. Cita afirmaciones de J. Ratzinger, A. Dulles y G. Danneels sobre la problemática de la frase en la actualidad, y dice que el objetivo del libro es “presentar la historia de una fórmula negativa, de una forma que marca un límite. Pretende dar la historia de la interpretación de esta fórmula y analizar la situación en que se encuentra en nuestros días” (pp. 17-18), enmarcándola en los diversos planteamientos eclesiológicos. Su punto de partida para el ensayo es la “preocupación relacionada con el lenguaje dogmático, cuando éste se afirma como irreformable o infalible. El adagio estudiado es un caso particularmente importante para reflexionar sobre la hermenéutica de los textos magisteriales” (p. 21).

La primera gran parte del volumen (pp. 23-304), titulada “Una fórmula al hilo de las interpretaciones”, sirve para repasar a lo largo de ocho capítulos la historia del axioma y de la cuestión teológica de la salvación de los no cristianos. Parte de los antecedentes bíblicos y patristicos, y pasa a la aparición de la fórmula en su literalidad de la mano de Orígenes y san Cipriano, para seguir su itinerario en otros teólogos y en los documentos oficiales (en su origen, dedicada a herejes y cismáticos, y se amplía posteriormente, aunque sin olvidar que “se puede pertenecer a la Iglesia sin formar parte de su institución histórica y visible. Se trata de una salvación por la Iglesia abierta a todos” [p. 82], aplicando esto antes de la venida de Cristo).

Después el autor aborda el paso medieval que consiste en la apropiación del axioma por parte del magisterio eclesial, analizando su uso con detalle, así como el tratamiento que hace santo Tomás. En toda esta época se da una absolutización progresiva de la fórmula, que habiendo nacido para aplicarse a los que abandonaban la Iglesia, “llegó a afectar a todos los que están, materialmente, fuera de la misma, sin que se distinguiera de una manera explícita entre las situaciones históricas o las responsabilidades. Surgió incluso la tentación de reducir el concepto de Iglesia al de Iglesia católica romana. Con el concilio de Florencia llegamos a la cima de la absolutización del principio” (p. 127). En el período moderno se da una recesión de este uso amplio, relativizándose ante las nuevas coyunturas, y contemplándose su propia exageración con el surgimiento del jansenismo. En el siglo XIX se acentuará el uso del axioma como dogma, ante el indiferentismo religioso reinante, pero introduciendo la consideración de la ignorancia invencible en el magisterio (Pío IX). Aunque en el contexto de disputa con el mundo contemporáneo, el extra Ecclesiam “se vuelve una fórmula popular que funciona en las conciencias de manera negativa” (p. 190). Sesboüé se fija luego en la evolución entre los dos concilios celebrados en el Vaticano, en la eclesiología (sobre

todo con H. de Lubac) y en el propio magisterio (la *Mystici Corporis* y la condena del Santo Oficio a L. Feeney).

El Vaticano II “marca un verdadero giro crucial en la consideración de la salvación de los que están fuera de la Iglesia. No sólo no asume el adagio tradicional, que no formula nunca, sino que hasta renuncia a usar las categorías radicales de un exterior y un interior de la Iglesia” (p. 231). En unas 40 páginas hace un análisis muy completo del tratamiento del tema en el desarrollo del Concilio, en la redacción de los textos y los documentos finales. Ahora se dice que los no cristianos “pueden salvarse porque pertenecen a una humanidad visitada por la iniciativa gratuita de salvación de Dios en Jesucristo y por la presencia de la Iglesia, institución ordenada a la salvación universal” (p. 270). Es muy interesante el capítulo con el que concluye esta parte del libro, y que trata dos temas importantes que amplían en gran medida el alcance del estudio: la consideración de esta cuestión en las tradiciones ortodoxa y protestante, y la visión que tienen el judaísmo y el Islam. En cuanto a las primeras, Sesboué muestra que el axioma “es un bien compartido históricamente por todas las confesiones cristianas. La rigidez en la concepción del adagio no ha sido monopolio del catolicismo” (p. 304), habiendo una convergencia básica en la evolución de su comprensión.

La segunda parte de la obra (pp. 305-413) lleva por título “Variaciones de la historia y continuidad de la doctrina”, y constituye una reflexión de carácter sistemático sobre los núcleos dogmáticos que están en juego en el *extra Ecclesiam*. Su primer capítulo aborda el fundamento cristológico del axioma, la unidad y universalidad de Cristo, el único mediador entre Dios y los hombres, cuando desde hace poco tiempo se ha puesto en cuestión el cristocentrismo, por la situación de pluralismo cultural y religioso. El autor insiste en combinar la unicidad salvífica de Jesucristo con el otro principio fundamental de la universalidad del designio divino de salvación, y señala que “la tarea consiste en mostrar que la unicidad y universalidad son estrechamente solidarias entre sí y que las une hasta tal punto una dialéctica que renunciar a la primera sería también capitular ante la segunda y, al mismo tiempo, hacer perder toda credibilidad al mensaje cristiano. Ahondar en el concepto de unicidad sin debilitarlo es un servicio que se debe brindar no sólo a la fe de los cristianos, sino también a los fieles de todas las religiones” (p. 315). Analiza en detalle la cuestión de la particularidad de la encarnación y de la distinción entre el Verbo *asarkos* y *ensarkos*, la vinculación Cristo-Iglesia, la salvación, y el punto de vista cristiano para el diálogo interreligioso.

Los dos últimos capítulos pretenden una teología de la evolución dogmática de la Iglesia, pues la exposición histórica del adagio que da título al libro, con rupturas, plantea el problema de la continuidad homogénea de la enseñanza magisterial. El capítulo 10 se fija

en concreto en la continuidad fundamental y las rupturas que se han dado en el camino temporal del extra Ecclesiam, cuya verdad “debe ser comprendida a la doble luz de la totalidad de la doctrina cristiana y de la totalidad de su historia” (p. 352), enmarcándola diacrónica y sincrónicamente. Entran en juego el carácter vivo de la verdad evangélica y la indefectibilidad de la Iglesia, ante lo que Sesboué afirma que “la Iglesia, incluso con la parte de error que su adagio ha transmitido materialmente, no ha sido infiel a su misión al proponerlo. Su indefectibilidad se ha mantenido mediante la corrección paciente y consciente de la perspectiva de la fórmula” (p. 355).

Por último, en el capítulo 11 propone una reflexión sobre la hermenéutica magisterial, comenzando con una comparación con la interpretación de la Escritura y sus criterios (según la Pontificia Comisión Bíblica), y estudiando después la declaración *Mysterium Ecclesiae* (Congregación para la Doctrina de la Fe, 1973) y el documento *La interpretación de los dogmas* (Comisión Teológica Internacional, 1989). Termina el autor proponiendo a modo de tesis los principios de hermenéutica del magisterio, de tipo doctrinal básico y de tipo metodológico. En la conclusión muestra la satisfacción por haber logrado el propósito de clarificar “un problema delicado de hermenéutica y, a partir de un ejemplo particularmente significativo, dar cuenta verdaderamente de la continuidad de la palabra magisterial en la Iglesia” (p. 415), y explica de nuevo el carácter contingente de la palabra humana sobre Dios, expresando también su deseo de “que, en el futuro, la palabra doctrinal de la Iglesia se volviera más evocadora y que simbolizara a través de una especie de transparencia el mensaje de salvación que porta el Evangelio, la Buena Nueva” (p. 419).

La obra está muy bien documentada y, como es propio del autor, distribuida de forma ordenada y rigurosa. Constituye un excelente tratado sobre la fórmula *extra Ecclesiam nulla salus* en la historia y en la dogmática de la Iglesia, además de un estudio equilibrado sobre la teología fundamental aplicada al servicio magisterial. Es recomendable su lectura por la buena síntesis que ha logrado Sesboué, y por su forma siempre interesante y amena de plantear temas de profundidad, aunque lo haya hecho con una considerable amplitud.

Luis Santamaría del Río

ELAINE PAGELS, *Más allá de la fe. El evangelio secreto de Tomás* (Barcelona: Ares y Mares 2004) 269 pp. ISBN: 84-8432-489-3

En un ambiente cultural en el que abundan las novelas y ensayos situados en los orígenes del cristianismo, y con una especial atención a los escritos apócrifos y un supuesto desvelamiento de aspectos olvidados u ocultados de la figura y las enseñanzas de Jesús,

ha aparecido recientemente este libro. Su autora, Elaine Pagels, profesora de religión en la Universidad de Princeton, y con otras obras de temática religiosa (entre las que destaca por su difusión y cercanía a esta última *The Gnostic Gospels*, publicada en Londres en 1980 y en español en Barcelona en 1982), vuelve a ofrecer un estudio sobre estos temas, y en concreto ahora fijándose en el evangelio de Tomás (EvTom).

El primer capítulo (“De la fiesta del ágape al credo de Nicea”) comienza con una reflexión de la autora, a partir de su experiencia vital distante, sobre la fe como algo más allá de la mera formulación de un credo, y basada sobre todo en la comunión con otras personas. Esto, la centralidad de un amor proveniente de Dios, logró el auge de la nueva religión cristiana en sus primeros tiempos, en medio de una sociedad hostil. Pagels confirma el valor de los ritos, sobre todo el bautismo y la eucaristía: “oficialmente había crecido como protestante y los rituales me habían parecido siempre formas vacías, pero ahora [tras décadas de ausencia] veía cómo estos rituales podían unir a personas de culturas y puntos de vista diversos en una única comunidad, para concentrar y renovar sus energías” (p. 27). Constata la diversidad cristiana del origen, cómo se interpretaban de manera distinta los ritos, y cómo se fueron “imponiendo” doctrinas tan importantes como la muerte voluntaria y expiatoria de Cristo: “generaciones posteriores optaron por incluir en el Nuevo Testamento las versiones de la historia que hablan de comer carne y beber sangre, de morir y volver a la vida” (p. 38, *mis cursivas*). Presenta, por lo tanto, una importante cesura entre el Jesús histórico y el Cristo post-pascual. La Iglesia viene a ser un refugio ante lo malo del mundo, y donde el culto consuela y alegra, creando comunión. El paso siguiente, el de exigir la fe para participar de esa comunión, es para la autora una formulación de los obispos del siglo IV, y los credos son composiciones poéticas. Propone una forma de “cristianismo abierto”, cuya fundamentación cree encontrar en los textos hallados en Nag Hammadi.

En el capítulo siguiente (“Evangelios en conflicto: san Juan y santo Tomás”) vuelve a relatar aspectos de su vida, y cómo inició la búsqueda del “cristianismo real” que podría ocultarse en los primeros textos cristianos, especialmente en los apócrifos, “evangelios alternativos” a los “impuestos por la Iglesia oficial”. En ellos la autora encontró no sólo respuestas intelectuales, sino también espirituales, y se dio cuenta de que la canonización de unos libros y no de otros respondió a razones meramente humanas: “comencé a comprender los intereses políticos que configuraron el movimiento cristiano en sus primeros tiempos” (p. 48). Hay una clara toma de partido a favor del apócrifo estudiado y contra el cuarto evangelio, que se ve en la constante alusión a la diferencia entre el cristocentrismo de Jn y la centralidad del creyente del EvTom, que “anima al oyente no tanto a creer en Jesús, como exige san Juan, sino más bien a buscar el